

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV

San José, Costa Rica **1932** Sábado 17 Diciembre

Núm. 23

Año XIV. No. 615

SUMARIO

Donde Indalecio aparece y desaparece	Alfonso Reyes	Imprecación al Padre	Guillermo Valencia
Gente nueva es lo que los pueblos necesitan	Juan del Camino	La quinta de Horacio	Arturo Capdevila
Señales sudamericanas	León Kochnitzky	¿Se salvará el capitalismo?	André Maurois
La vuelta al viejo solar	Mario Sancho	En defensa del sagrado derecho de la cancelación de deudas que no se pueden pagar	Persiles
Diez romances de hoy	Mirta Aguirre	Noticia de libros.—Moral	



Ilustración de Alejandro Sirio

Día de maniobras. Tal vez un 16 de septiembre, aniversario del grito de Dolores, simbólica conmemoración de la independencia, o tal vez sería un 5 de mayo, fecha de la batalla de Puebla, ganada contra las tropas invasoras de Napoleón III. Banderas y festones de encino adornan el Palacio, los edificios públicos y la casa del Gobernador, cuyas fachadas se iluminarán por la noche—como todavía la electricidad se administra con parsimonia—con un sistema de candilejas que allá se llamaban cazolejas. Habrá, además, charanga, cohetes y torito de fuego, sobre el costado de la alameda que da a la penitenciaría.

Desde la madrugada se oyen las dianas, y la guarnición recorre las calles llenando el aire de pasos redoblados, de frente marchen, por pelotones a la derecha y demás divisas de la danza pírrica militar. Poco después, sin hacer caso del sol, el gentío se agolpa en las afueras, y asalta las improvisadas tribunas, los templetos, para mejor presenciar el simulacro. Nosotros ignoramos el tema, todo es sobresalto para nosotros: aquel batallón de a caballo que brota de una loma y deshace por el flanco a la infantería, aquella colisión inesperada entre la compañía del Colegio Civil y la de la Escuela Normal, que también han tomado parte en la fiesta. El choque fué casi violento:

Donde Indalecio aparece y desaparece

— De La Nación. Buenos Aires.—Envío del autor —

bajo las reglas del combate convencional, la rabia y los celos hierven entre la muchachada de las escuelas rivales que comparten por mitad el mismo edificio. El tiroteo se desarrolla sobre una llanura salpicada de "chaparros", arbustos espinosos y cenicientos, característicos del campo regiomontano. De cada chaparro salta una motita de humo. Cuando los dragones del Veintisiete deshacen tres veces el cuadro contra caballería de los "mochos" del Obispado—escoba que barre, a la ida y a la vuelta, un apretado enjambre de moscas,—las aclamaciones del pueblo hinchán las esferas.

A mediodía todos estamos de vuelta. A la mesa de familia hay algunos jefes uniformados. La jovialidad de mi padre es su mejor premio: el tema ha sido ejecutado al pie de la letra. Y la sobremesa dura poco, porque hay la costumbre de trabajar.

Apenas nos hemos quedado solos, cuando entra por la cancela del Cuartel General un hombre esbelto, con un andar entre medroso y feroz de animal silvestre. Viste el clásico traje ceñido de los caballistas o charros mexicanos, cuya chaqueta cercenada y pantalón

justo recuerdan puntualmente al charro de Salamanca. De negro riguroso, la botonadura y alamares de plata, una vborita de plata la toquilla del gran sombrero, y la corbata un gritito rojo, se desliza sobre el suelo de los corredores sonando espuelas y arrastrando el sable de reglamento. Flaco, pálido, quijotesco, con una barbilla de valiente de esas que la gente llama chivatas. Yo —escondido en las columnas del patio—lo veo acercarse hasta el General. Habla. Su habla es ceceante y melosa. Hay tigres que rugen con dulzura:

—Mi General—dice visiblemente turbado y con voz temblona.—Esto ez maz de lo que recizte un hombre. ¿Andar hoz y hozaz metiendo machete al aire y dizparando el cohete contra los purícimoz chaparros? ¿No ve, mi General, que ce noz alborota la jicotera—quiero decir: "que se nos remueve el avispero"—, y noz acordamoz otra vez de los buenoz tiempoz? ¿Por qué, de una buena vez, no noz da permizo de fajarnoz por "ay" a balazoz unoz cuantoz que noz tenemoz ganaz?

Mi padre sonríe:—¡Este Indalecio... —. Le da unas pal-

madras en el hombro, algo le dice a media voz, alguna de esas palabras sin significado con que los hombres se hacen seguir de los animales: "Chó, chó: ceja, ceja!" Y el charro se ablanda, se serena, sonrío también; y al fin se va por donde ha venido, como bestia reducida a la idea, sonando espuelas y arrastrando el sable de reglamento. En cuanto se planta el gran sombrero mexicano y se cala el barboquejo, antes de salir a la calle, cobra una visible expresión de reto y el andar se le hace amenazador.

Los antiguos contrabandistas del Río Bravo, herederos del glorioso Catarino, se dieron al hombre que los venció y se convirtieron en fieles servidores de su gobierno, o mejor aun, de su persona. El contrabando es tipo del delito artificial creado por la ley. La ley propone un obstáculo y el hombre, aventurero eterno, salta las vallas. No lo guía el afán de lucro: lo atrae, sí, la hazaña. Aquel burlador de fronteras es caballeroso en sus desafueros y vive siempre a lo señor. Tiene una mujer con hijos a cada lado del puente internacional, mantiene en holgura dos familias. A las guarniciones de los fuertes del Norte les llama, guiñando el ojo: "Nuestros primos los güeros" (los rubios). A la policía que lo persigue en su

propia tierra le llama, con un exquisito eufemismo y cierta fraternidad de armas: "Los empleados". Trae las onzas de oro en la tripa del cinturón, y los cartuchos revueltos con el tabaco. Entre estos "tagarnos" de blusas rojas Juan Zuazua reclutó sus centauros; entre estos reclutó sus afamados rifleros el disidente Vidaurre, a quien dos o tres descuidos de Juárez envenenaron el alma haciéndolo "perro del mal".

Hermosos retoños ibéricos plantados por la zona de Nuevo León y Coahuila, son estirpe sin mezcla y crecen en pureza de tradición y palabras. Usan formas emparentadas con el leonés (por algo la antigua provincia vino a llamarse Nuevo Reino de León): dicen "riyo" por "río"; y en cambio, dicen "sía" por "silla", aunque ellos prefieren el término "sieta", silleta. Siempre que ello sea posible, declinan por géneros los apellidos, de suerte que, si el hombre es Juan Cantú, la mujer es Juana Cantuna; si él Pedro Orozco, ella Petra Orozca.

Traen en la sangre el hábito hispano de la soberanía popular; el que, burlando instituciones, se hace por sí mismo justicia en la "Fuente Ovejuna" de Lope de Vega; el que, en "El Alcalde de Zalamea", de Calderón de la Barca, decide a lo hombre la causa propia. Yo supe de los vecinos de un rancho que dieron caza, sin ayuda de la policía, a un malhechor fuereño que había asesinado a dos niños para robarles el penco rucio. En tanto que proveía el gobierno, los rancheros colgaron al criminal de un árbol—e hicieron bien—y la autoridad prefirió cerrar los ojos. Yo supe de un Jefe Político que, ofendido en su honra, encarceló al violador para evitar que se le escapara,

y luego vino a abrirle la puerta a media noche para matarse con él, sable contra sable.

Afirma el doctor Gonzalitos—sabio historiador de la región que por este nombre es recordado—que ya a fines del xviii sólo se encuentran por aquellos contornos blancos criollos o mestizos poco cargados. Las grandes civilizaciones indígenas no llegaron al Norte. Allá los conquistadores españoles, capitaneados por unos cuantos portugueses—Carabajales y Montemayores que todavía tienen vástagos—fundaban reductos y campamentos que de noche en noche eran asolados por tribus trahumantes. La población que logró establecerse ofrece una singular pureza, y se distingue de la gente del interior en todos los órdenes de virtudes cívicas. Generosidad y lealtad son normas de su vida: entre ellos abundan el apellido Leal y el nombre de pila Generoso.

En tiempos menos urbanos, se entregaban al matuteo por el río, para darle sabor a la vida y no morir de aburrimiento. De aquí provienen las fortunas de algunas familias ilustres. Cuando vieron cernerse sobre su cabeza otro valor más alto, se rindieron sin condiciones, como suelen siempre los bravos. Y fueron desde entonces adictos en alma y vida y corazón.—"Fué tu padre quien nos hizo gente"—solían decirme. Y yo quisiera tener fuerzas para darles ahora la inmortalidad que merecen.

Héroes de "corridos populares"—que vienen a ser nuestros romances de guapo,—todavía se les evoca en las ferias, al lloro sabroso de las guitarras: el que dejaba a sus hombres en campo raso y se iba a dormir a una cueva de nadie conocida, donde una noche se le apareció el diablo y

le pidió el cabo de vela para encender un cigarro de hoja (¡aquel cigarrillo envuelto en la hoja del maíz, cuyo tufo trasciende, vago, por todas las calles de Monterrey!); o bien el Caballo Blanco, así llamado porque tenía un caballo blanco que él dejaba suelto en las noches para que le cuidara el sueño, hasta que cierta vez los "empleados" le echaron una yegua al bruto y sorprendieron al jinete dormido. Y todos, al tipo de Roque Guinart, rumbosos con el pobre y amigos de pelear con muchos:

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto,
con la pistola en la mano,
peliando con treinta y cinco!

¡Qué bonito era Bernal
en su caballito obscuro!
De miedo de la Acordada,
se puso a fumar un puro.

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo jovero!
Nunca robaba a los pobres,
antes les daba dinero.

Eran hombres "sentidos como el venado", que oían venir al enemigo pegando la oreja al suelo; ligeros para huir y atacar, que andaban jugando con la muerte. Cuando des cansaban, se les salían los versos de la boca, y componían canciones en que el amor va revoloteando entre las balas. Tenían suavidad de maneras, medida con las mujeres, comedimiento en el hablar y hasta don de lágrimas. ¿Pues no encontré un día, sobre la mesa de mi padre, un libro que le había obsequiado Indalecio? Decía la dedicatoria, que nunca se me ha podido borrar: "Lea este libro mi Señor General, para que vuelva a llorar un poco, porque a los hombres como él y yo ya las lágrimas se nos están olvidando". El libro era, nada menos, la "His-

toria de Genoveva de Brabante". Indalecio, en la pronunciación del terruño, la llamaría seguramente: "La Ginoveva".

Yo alcancé a oír los últimos toques de la fama de Indalecio el ceceante. Fué en una molienda de caña, por el pueblo de San Jerónimo, adonde en compañía del Cabo Mata—un ordenanza—y de unos cuantos amigos, llegué en un galope desde Monterrey, cierta tarde que dejábamos correr sin rumbo a los potros, levantando del suelo el temblor de las palomas moradas y las zumbadoras codornices. La gente reposaba entre los peroles de melaza—el "punto" aromático donde el azúcar va concentrando sus dulzores—y mezclaba con los tragos del mezcal emborrachador aquellos vasos de aguamiel tan golosa que con tantas indigestiones marcaron los hitos de mi niñez. Quien se propasa con el jugo de caña "se empanza"—dice la gente,—como si, a lo avestruz, se tragara un cuarterón de cascajo. En el corro, uno acariciaba su acordeón, y otro cantaba unas cosas de la tierra llenas de esos calambres rítmicos que vienen a ser los esdrújulos de la música. Era una historia de batallas: se veía entrar al General Jerónimo Treviño en la plaza fuerte de Monterrey. De pronto, apareció mi héroe en estas coplas inolvidables:

¡Ay Indalecio a la vuelta del riyo!
A los empleados los redotó!

Iba Indalecio en caballo tordío,
la fibra indómita en el corazón.

Grita Indalecio en la plaza con énfasis

—¡Mueran los gringos y el ferrocarril!

¡Viva que viva cien veces México,
que defendiéndolo quiero morir!

Alfonso Reyes

Quebra-Frascos, (Teresópolis), 1932.

Estampas

*Gente nueva es lo que los pueblos necesitan
Mientras no aparezcan nuevas unidades a dar la voz de combate,
la misma mentira y la misma desvergüenza seguirán dominando*

= Colaboración directa =

A la distancia de muchos miles de millas se está despertando el instinto guerrero de un pueblo. Lanzan al espacio la onda que difunde la palabra sulfurada. Con lo cual la vuelven ubicua. Oímos cómo repite el alta-voz el término patriotismo. Y pensamos en los pueblos, en lo desorientados y miserables que viven. Para que vayan a la guerra que

ha de asegurarles pequeñeces, se les aviva el instinto. De nada se van a redimir. Pero el patriotismo los entontece y adquieren fiereza marcial.

Contrastamos la impresión que el curso aéreo nos deja con el profundo sentido de una pasaje de don Francisco Giner de los Ríos. Quisiéramos aquí junto a nosotros, la radiodifusora que nos

permitiera hablar para que los pueblos oyeran. Leeríamos pausadamente, sin tonos interpretativos, como si fuéramos el propio autor: "Mas a la par, y, sobre todo, y como fundamento para el porvenir, hay que formar gente nueva por otro modo mejor que el que hemos logrado en nuestro tiempo nosotros; y después agruparla en pequeños organismos homogéneos, libres de una tradición dolorosa y oscura... Nuestro deseo es ver si podemos entregar a la sociedad cada año algunos hombres honrados, de instintos nobles, cultos, intruídos hasta no serles extraños ningún elemento ni problema fundamental de la vida, laboriosos, varoniles de alma y cuerpo y ca-

paces de atender a sus necesidades materiales por medio de una profesión verdaderamente honrosa y libre, es decir, correspondiente a sus aptitudes diversas y elegida con verdadera vocación... Estos intentos, al principio esporádicos, van después enlazándose poco a poco en una trama continua, cada vez más apretada y sólida, que permite al menos, esperar: lo cual, ciertamente, no cabe cuando vemos sólo tanta energía juvenil, llena de promesas al principio, y embrutecida luego por la sensualidad, la ambición, la vanidad, la codicia, la vulgaridad, la trivialidad, el servilismo: la impotencia, en suma, para levantarse, sobre el placer del lupanar, la cama y el pesebre". Leeríamos para que la onda llevara la palabra escrita de uno de los grandes preocupados por dar al mundo gente nueva. Porque es gente nueva lo que los pueblos necesitan. Hay que renovarles su población rural y urbana. Mientras no aparezcan nuevas unidades a dar la voz de combate, la misma mentira y la misma desvergüenza seguirán dominando. Lo vió claro don Francisco Giner y quiso que fuera la Educación la que obrara el prodigio de traer gente nueva. Contando estas aspiraciones de un espíritu grande oírían los pueblos. Podrían hacer el contraste con la miseria que los estruja y les aviva el instinto que es todo ceguera y fiereza para la destrucción.

Urge trabajar por el apareamiento de la gente nueva. Sin ella no hay redención en ningún sentido. Ese llamamiento a la guerra que acabamos de oír traído por la onda sonora hasta nuestro propio hogar es algo desconsolador. No sería posible si gente nueva poblara estas patrias. La visión de esas almas revelaría a las poblaciones un sentido nuevo de las relaciones humanas. ¿Cómo puede ser natural que se excite a los pueblos a la carnicería, si estos pueblos ignoran lo que está ocurriendo cuando son llamados a las armas? Unos listos desde el Gobierno acomodan a su capricho los negocios de los pueblos y luego otros más listos los desacomodan. Entonces se aviva la iracundia popular para ir a la destrucción. Con gente que comprendiera que no es posible que los pueblos se destruyan por tonterías, los sucesos serían totalmente distintos. No oíríamos en nuestro tiempo la onda que trae la excitación al patriotismo. No veríamos tampoco esas fotografías grotescas tomada sobre las graderías de los ministerios de la guerra, en las cuales una juventud entontecida viste el uniforme guerrero. La onda sonora da la palabra airada, pero ésta es apenas una parte de lo que el patriotismo mueve en los países llamados a la guerra. Esta fotografía que hemos recortado de un periódico extranjero da dolor, porque revela a una juventud desorientada, una juventud que de seguro para completar la varonilidad militar, transige con el placer del lupanar, la cama y el pesebre. Todo porque precisa ser patriota para no permitir que otro medio que no sean



las armas resuelva una contienda sin sentido. Para ajustar la solución de un conflicto a normas estúpidas se embrutece a los pueblos, se les encarniza por todos los medios eficaces. Lo primordial es que el patriotismo no sufra mengua. Por el patriotismo se sacrifica todo cuando una nación está gobernada por hombres de ideas cavernarias.

Sin gente nueva no hay asomo de que la farsa de los gobiernos acabe. Y los gobiernos son los que dan las normas y las hacen entrar por medio de la Educación. Por esto es grande el pensamiento de don Francisco Giner cuando quiere que la Educación cambie para producir gente nueva. Conoce el valor de la transformación y sabe que sin ella no hay que esperar que fructifique ninguna inquietud. Si la onda sonora que se mete por todas partes y habla allí en donde la maravilla del receptor la acoge, difundiera para enseñanza de los pueblos lo que estas figuras ejemplares nos legaron, se haría obra de desembrutecimiento. Al lado de una cosa

zanza aparecería la inspiración fuerte dispuesta a mover la conciencia humana. Se tumbarían muchas supersticiones fanáticas que esclavizan a los pueblos y los vuelven más desgraciados. Sería posible combatir con eficacia los malos gobiernos. Porque muerta, por ejemplo, la superstición del patriotismo, no habría mucha probabilidad de que dos pueblos que disputan por cuestiones de límites, no llegaran a entenderse sin la mentira de las armas. Verían hasta qué punto la línea fronteriza tiene que ser rígida o ceder sin que suceda mengua alguna contra el honor y la dignidad del que no se empecina. Porque esta cuestión de fronteras que es la que—en la América nuestra al menos—más carnicerías desata, es una cuestión miserable. Los gobiernos no la han tratado nunca sino con un sentido torpe. Nos pasamos hablando de la unidad de pueblos, de la comunidad de ideales, de la fraternidad continental. Y cuando precisa dar realidad a las palabras nos volvemos salvajes. Peleamos por la línea fronteriza con toda la fiereza de que es capaz el hombre. Y entonces ya no existen pueblos con los mismos ideales y las mismas necesidades de defensa continental. Lo que hay son territorios que arrancar a la fuerza. No para traer prosperidad al pueblo que los conquista por medio de las armas. Cuántas veces ese pueblo no es sino instrumento de intereses extraños. Pero como no hay gente nueva, la gente nueva que pedía Giner de los Ríos, la mentira se impone. Si los pueblos no se encontraran afligidos por tanta miseria, podrían defenderse de las supersticiones que los tiranizan. Defendiéndose de ellas se defenderían de los gobiernos que las usan para imponer sus implacables procedimientos de odio y de venganza. No se iría a la guerra para conquistar territorios cuando el grito de defensa común dice que hay soluciones grandes para esos conflictos. Los intereses rapaces que están siempre atizando las guerras no podría dominar, pues la gente nueva les saldría al paso y todo conflicto estúpido lo presentaría en su realidad cierta. Esos intereses son a menudo las maldiciones sombrías de los pueblos. Acechan y en el momento preciso producen la confusión que ha de

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen RAPIDAMENTE con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

darles la ganancia provechosa. Esa voz que la onda acaba de traernos con claridad, pronunciada a miles de millas de aquí, puede estar sinceramente en su tarea de despertar el instinto guerrero. Pero son tantos y tan agresivos los intereses de conquista que andan desatados por estas tierras, que lo probable es que la guerra que amenaza a dos pueblos no sea más que el juego de algunos de esos intereses. Lo que no consiguen con un gobierno, lo buscan con el gobierno vecino. Y si para ob-

tenerlo es menester meter la guerra, la guerra viene implacable. Lo importante para el poder de conquista es sacar la ventaja que centuple el rendimiento. Los pueblos no le importan mientras sean sumisos y presenten modalidades propicias a la esclavitud. Mas si no quieren permitir que haya expansión de esos intereses, entonces la guerra es una solución eficaz.

Cuando reflexionamos con estas ideas nos volvemos desconfiados y quisiéramos oponer a la onda sonora que difun-

de la borrachera patriótica, la onda que difundiera el sentido grande de unas relaciones fecundas entre los pueblos. Fecundas por el valor para crear cooperación que es defensa, para crear preocupaciones que infundan a la raza la superioridad que le falta. Gente nueva, cada año unas unidades, como pide don Francisco Giner, instruída hasta no serle extraño ningún elemento ni problema fundamental de la vida.

Juan del Camino

Costa Rica y diciembre de 1932.

Señales sudamericanas

= De La Nación. Buenos Aires =

Caro Joaquín García Monge:

Vea qué estupendo toque de clarín lanza Léon Kochnitzky, joven poeta belga, europeo nuevo, todo un hombre, a quien Ud. lee siempre en *Le strapontin volant* de *Les Nouvelles Littéraires*.—¿Sabía Ud. que fué algo así como Ministro de Educación Pública de D'Annunzio en la aventura de condottieros literarios de Fiume?

Lo abraza,

Alfonso Reyes

Río, 9 nov. 1932.

Restaurada en Versalles bajo el signo de las nacionalidades, Europa existe desde entonces bajo la coacción de los nacionalismos. Las grandes patrias, pródigas en dones magníficos, ricas en realidades culturales y civilizadoras, no son las más tiránicas. En el cortejo de los pueblos, cada una de ellas ocupa el lugar que en derecho le corresponde. Para unos europeos, cuyo número va sin tregua en aumento, el amor a la patria se vigoriza y fortalece en la amistad que los extranjeros profesan a su país, amistad sin la cual les parece esa patria disminuída, magullada.

Pero los nacionalismos se multiplican a la manera de las células vivas: nacen unos de otros, por divisiones sucesivas. A medida que la ideología nacionalista se empequeñece, su virulencia aumenta. Y si ocurre que esa ideología pierda aún más terreno, en el espacio y en el tiempo, si se convierte en patrimonio de un pueblo pequeño, nacido en fecha reciente a la independencia o lastimado en sus pretensiones y sus aspiraciones, da entonces color y acento a toda la existencia de ese pueblo. El francés, el inglés, el alemán, el español, por una parte; el ciudadano de un país más pequeño, pero cuyo ingreso en el concierto de las naciones se remonta a fecha lejana, por otra (el belga, el holandés, el portugués, el escandinavo); todos esos hombres aman a su patria respectiva tanto como puedan amar a la suya un serbio, un lituano, un magiar, ciudadano de la Hungría desmembrada y mutilada. Pero el francés, el alemán, el belga, el escandinavo, no se sienten en momento alguno de su vida social y menos todavía en el secreto de sus meditaciones, obsesados por la conciencia de su nacionalidad. Sin dejar por ello de rendir homenaje a las valerosas patrias de la Europa oriental, hay que re-

conocer que el sentimiento nacional exalta y transfigura en todos los instantes—y muy a menudo noblemente—todos los actos y todos los pensamientos de los hombres que integran esas patrias. El hecho esencial de la vida de un lituano no consiste en estar sano o enfermo, en ser feliz o desdichado, estimado o desconocido, poderoso o miserable, sino en ser lituano. Su salud, su dicha, su gloria, su esplendor, no puede concebirlos más que como una salud lituana, una dicha lituana, y así sucesivamente. Hay en ello un fenómeno extraño, muy peculiar a esta edad y a la Europa de esta edad: algo como una "unidad trascendental de la nacionalidad".

En el interior de los grandes cuerpos nacionales del viejo continente surgen unos patriotismos locales que logran en muy pocos años desarrollarse y acrecerse al punto de adulterar a las verdaderas patrias, a las patrias antiguas. En la mayoría de los casos, sucede que un "complejo de inferioridad" netamente caracterizado aguja una sensibilidad casi patológica. Tratad de decir a un irlandés, un flamenco, un croata, que Irlanda, Flandes y Croacia no son naciones con los mismos títulos que Inglaterra, Bélgica o Francia. Espezarán por enfurecerse, y si acceden después a dirigiros la palabra, será para demostrarnos que solamente su provincia respectiva tiene derecho al título de nación, y que el Estado que la contiene no es más que una creación artificial y provisional que hay que destruir lo antes posible. Cien aberraciones de esta índole envenenan a Europa. Al desmenuzarse, los nacionalismos reducen su contenido ideológico a exiguos términos. No encierra él ya el sentido de vastas corrientes culturales, sino solamente unos cuantos recuerdos históricos y unas cuantas manifestaciones artísticas y literarias desprendidas del folklore y la etnografía. "Nuestros viejos bordados estirios", y "nuestras viejas alfarerías de Cerdeña", y "nuestros viejos zuecos de tal parte", y "nuestros viejos estribillos de tal otra", es todo lo que se quiere oponer, en la Europa en delirio (a la que mi amigo Pierre Daye califica con tanto acierto

de "Europa en pedazos") a Shakespeare y a Dante, a Pascal y a Goethe.

Las patrias pequeñas son un peligro para las patrias grandes. Porque ese pobre bagaje de cultura elemental termina por perderse también. Y porque insensiblemente, el patriotismo es substituído por un sentimiento de raza, por una conciencia totémica de clan, de tribu, de horda. La civilización europea nació de una victoria de las culturas sobre las razas. Greco-romana y judeocristiana, latina, germánica, nórdica y eslava, Europa no ha cesado de combatir y de vencer—desde hace quince siglos—a los instintos de las razas que la forman.

Y he aquí que los alanos y los vándalos, los sármatas y los hunos salen de sus tumbas armados de todas armas y amenazan a nuestras ciudades espléndidas.

¿A quién volver la vista en esta angustia trágica? ¿Quién nos dirá que tengamos valor, que esperemos, pese a todo? No será el Asia, en la que dormitan los instintos elementales y en la que la voz, toda emoción, de Gandhi no logra silenciar al odio. No serán tampoco, los Estados Unidos, que en vano se proclaman un "melting-pot" en el que nada se funde, y en donde las meditaciones humosas de un Gobineau ("ce pav'Gobineaut", decían de él Taine y Renán, sus amigos, que no le tomaron jamás en serio) sientan hoy plaza de ley. Y entonces, si negamos la solución rusa, ¿dónde habremos de buscar la señal?

En la noche del mundo brilla todavía una gran claridad: es ella el halo ese jubiloso que corona, de noche, a Buenos Aires. La América Latina ha resuelto plenamente, definitivamente, el problema de las razas. Para milenios, quizá de tiempo, ha cimentado la carne y la sangre de los hombres. De Méjico a la Patagonia, de las palmeras de Recife a las máscaras gigantescas de la isla de Pascua, un vasto estremecimiento recorre la tierra y el océano: es el estremecimiento que precede a las grandes creaciones.

Cargados los brazos de libros venerables, vamos hacia la América Latina. Y esperamos, conmovidos, su mensaje.

Léon Kochnitzky

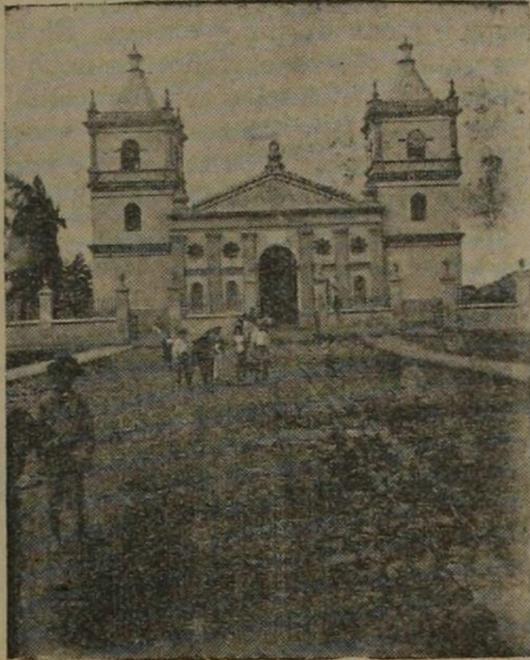
La vuelta al viejo solar

= Envío del autor.—Artículo primero de una serie interesante en que se hablará de la Cartago de antaño. Recomendamos su lectura =

Desde hace algunos días estoy otra vez en Cartago, viviendo al calor de los cariños y recuerdos de familia, si no en la misma casa, en el propio lugar en que nací. La antigua casa de mis padres se fué para siempre, como se habían ido ellos, como se fueron tantas cosas hermosas y tantas personas amadas, como se fué nuestra juventud y como ha de irsenos también la vida. Pero esta casita, construída recién pasado el terremoto con maderas de La Estrella y grandes esfuerzos de Carlos—uno de los tantos idos para siempre—en el sitio donde antes estaba el jardín de la otra, tiene todavía para mí, mejor será decir para nosotros, pues que de esta vez ya no vine solo, bastante calor de hogar. Aquí calienta aún por suerte la misma brasa que nos calentó de niños. Es verdad que la muerte no estuvo ociosa mientras andábamos fuera. La vida, sin embargo, toma siempre su revancha, y cuando el corazón sufre la punzada del recuerdo, la gracia y travesura de Marjorie intervienen para distraer el pensamiento y hacernos olvidar. Es la misma vieja tarea de la naturaleza que pone sobre las piedras de la vieja Parroquia la abigarrada alegría de sus flores a fin de suavizar la ruina y vestir el abandono.

La Parroquia, es decir, sus paredes a medio hacer, y una que otra casa que resistió el terrible estrujonazo de la tierra, es lo único que nos queda de aquel delicioso Cartago que tenía tanto aire señorial, tanto carácter de ciudad española, con sus techos de teja y sus muros enjalbegados y sus calles tranquilas en que no pasaba nada ni nadie, excepto el tiempo, y esto muy despacio, y en que no se oía más que el tañido de las campanas y los toques de corneta que anunciaban desde el Cuartel de Armas las tres horas cardinales que gobiernan la existencia de todo buen cartaginés: las siete de la mañana, para levantarse; las doce del día, para almorzar; y las ocho de la noche, para recogerse, después de rezado el rosario y bebido el chocolate.

Yo suelo conversarle de estas cosas a mi mujer en el empeño de que ella vea la ciudad desaparecida con ayuda de la imaginación, lo mismo que yo la veo con ayuda de los recuerdos. Suelo describirle lo mejor que puedo las viejas iglesias: el Carmen, la Soledad, San Nicolás, Nuestra Señora de los Angeles, San Francisco. Ninguna de ellas, claro, podía compararse con nada de lo que hemos visto en México, ni siquiera en Guatemala, pero al menos tenían carácter, cierta seriedad tradicional, cierto recogimiento místico, y uno que otro retablo antiguo que logró impresionar, a pesar de su primitividad, o tal vez debido a ella, nuestra alma. Nada subsiste de todo eso. Lo que no destruyó el terremoto lo dejaron perder los hombres. De las construcciones que han venido a sus-



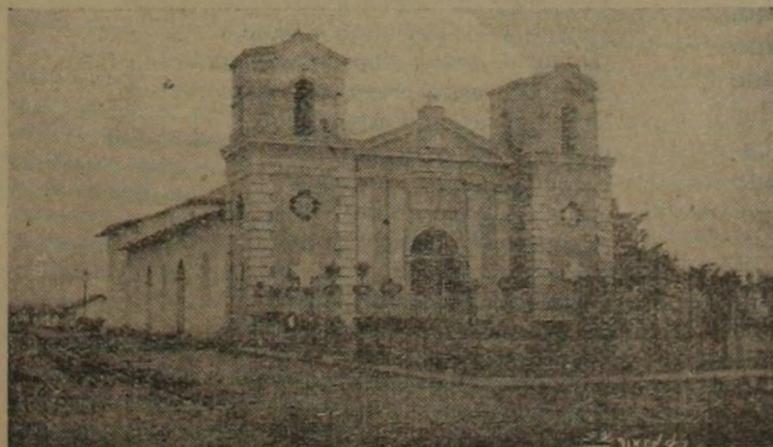
Basilica de Nuestra Señora de los Angeles

tituir aquellas iglesias no le digo palabra, en la esperanza de que ella no se fije demasiado en el bizantinismo ramplón que cobija nuestra más antigua leyenda religiosa, ni en el gótico ridículo que recuerda, sólo por contraste, la gra-



Antigua Iglesia del Carmen

cia discreta de la iglesita que ideó el Padre Páramo, una de las pocas cosas que se han hecho en estas tierras con buen gusto, sin ánimo de deslumbrar ni de enseñar la plata. ¡Ah!, ¡esa manía de que apenas está curándose ahora nuestra América por lo gótico, falsa y desmayada como todas las imitaciones, tratando de disimular con alardes lo que



Iglesia de San Francisco

le falta de originalidad y de fuerza!, manía para la cual no hay justificación en nuestras verdaderas tradiciones y que no ha producido sino por excepción una obra bien lograda.

También le he dicho algo del Palacio Municipal que construyó mi abuelo, Don Carlos Sancho, y del Colegio de San Luis, que sí ha sido sustituido dignamente, y de las casas importantes, algunas de las cuales eran realmente hermosas. De la de las señoras Espinach, al norte del Parque, donde hoy se levanta un arbolito perteneciente al viejo jardín, conservo un grato recuerdo.

Y como quiera que mis descripciones resultan insuficientes a mi objeto, trato de ilustrárselas con ejemplos de las ciudades que hemos visitado juntos en España y en México. Cartago, le explico, tenía las calles empedradas al modo de las de Cuernavaca, y por las casas también se asemejaba bastante a esta encantadora ciudad mexicana. Más húmeda, eso sí, que Cuernavaca que tiene un clima seco y el cielo siempre límpido que es una delicia. En color también se le quedaba atrás, aunque en ciertas épocas del año, en marzo y abril, cuando florecían las guarías sobre los tejados, Cartago era una fiesta para los ojos. Su ambiente, salvando diferencias de tamaño e importancia, era más bien como el de Morelia o Puebla. Como en estas dos ciudades levíticas, el aire era suave y trémulo únicamente con tañidos de campana.

Lo que sí no he tenido que explicarle a mi señora es nuestra neblina invasora y nuestra llovizna pertinaz que a ella le recuerdan su Santiago de Galicia. Especialmente las noches siguientes a nuestra llegada fueron perfectamente típicas, dando los focos eléctricos la sensación de fantásticos bigotes de gato. Esa neblina es la principal responsable de nuestro modo de ser, frío, retraído, gavetudo y huraño.

Nuestros antecesores de fines de la Colonia tuvieron una frase que hizo fortuna en su tiempo y que se recuerda aún porque sigue siendo nuestra más socorrida fórmula política. Tal frase, si bien aplicable al espíritu de componenda de todos los costarricenses, parece hecha a propósito para describir el carácter de los cartagineses de entonces y de ahora. Aquellos eran hombres reservados, recelosos, mejor dicho, de todo lo nuevo, que no se dejaban ganar fácilmente del entusiasmo, listos a calificar de espejismo engañoso lo que no estuviera dentro de su rutina y su ortodoxia. No sé donde he leído que la primera edición de Don Quijote se vino casi toda a América; esto puede ser cierto, pero es evidente que aquí tuvo pocos lectores, y esos pocos no se dejaron contagiar de la locura del héroe de Cervantes. Nuestros abuelos no eran amigos de correr

aventuras que no fueran las galantes. Cuando supieron lo de la Independencia resolvieron, apurados de una parte por el miedo a Filísola y de la otra por el recelo a León, agazaparse "mientras pasaban los nublados del día". Era la actitud lógica en gente acostumbrada a hacer esto mismo todos los días de su vida. El cartaginés no arrostra la neblina, se encueva en su casa y hasta el día siguiente, si hace claro, no saca la nariz.

Estas últimas noches han sido despejadas y calurosas, a extremo de que el calor ha sacado nuestra tertulia hogareña al corredor de la casa, dándome oportunidad de evocar en la placidez y en el silencio de la hora a la vieja ciudad desaparecida. Aquí en frente, digo a mi señora, donde está la escuela que lleva su nombre, vivía el noble patricio don Jesús Jiménez, a quien todavía alcancé a conocer, ya muy anciano. Vecino de nosotros por el lado sur vivía su hijo don Manuel de Jesús, y al norte tenía una casa don Valerio Coto, donde murió nuestro espiritual Pío Víquez. Junto a esa casa, en la esquina, era la pulpería principal de Cartago, también propiedad de don Valerio, y en una pieza contigua se reunía todas las noches la más famosa tertulia de Cartago—después, por supuesto, de la del Padre Alvarado—más famosa que la de la Boñiga de ahora, frecuentada por los grandes viejos don Bernardino Peralta, don Manuel Bedoya, don Gregorio Bonilla, don Pascual Sáenz, don Pedro García, el negro Oreamuno, mi padre, y otros cuantos.

La esquina norte de la escuela antes citada la ocupaba la casa de doña Gertrudis Peralta, cuyo hermoso huerto y jardín, cerrados por gruesos muros, recordé muchas veces en mis paseos a Tlalpan, la residencia veraniega de los Virreyes mexicanos.

De esta suerte, evocando recuerdos, se pasan las dos horas indispensables para hacer sueño, que en Cartago es por cierto excepcionalmente reparador. Al día siguiente vamos a veces a andar las calles, otras salimos fuera de la ciudad a disfrutar del campo y de la vista tan sedante y tan grata de las montañas, tan familiares para mí como extrañas y llenas de sorpresa para mi señora. Si encontramos a alguien, de seguro es un amigo, y de seguro es también la pregunta: "Usted, Don Mario, ¿encuentra algo de nuevo en Cartago?" Qué curiosa pregunta, me digo..., para mí todo lo de Cartago, todo Cartago, mejor dicho, es nuevo. Viejo únicamente veo el pino rumoroso que se alza detrás de donde antes era la casa de los Guzmán, las ruinas de la Parroquia, y dos o tres casas que se salvaron del desastre. Todo lo demás es nuevo, y no es que me refiera a las cosas que después de mis últimos ocho años de ausencia he encontrado de veras nuevas, como el Hospital Max Peralta, ya concluido y provisto de todo lo que necesita un hospital moderno, el Crédito Agrícola, y el Asilo de Ancianos que ha logrado levantar la constancia y el esfuerzo de Monseñor

Volio. Me refiero a todas las cosas, a las personas, al alma misma de la ciudad que ha cambiado profundamente hasta perder casi todo contacto con la urbe antañona en que discurrió mi infancia y parte de mi juventud. El Cartago actual me es extraño, ya no habla a mi alma con aquella voz suavísima de antes. El valle y las montañas son los mismos, y también los toques de corneta que anuncian las horas cardinales de la vida provinciana y el toque de ánimas que a las ocho de la noche dan las campanas de la iglesia, y la algazara también que meten los yigüirros en el Parque estas mañanas de invierno pidien-

do agua; pero el alma verdadera de Cartago se ha ido para siempre, y yo que prácticamente no he vivido aquí después del terremoto, sino de paso, sin poder fijarme lo bastante para olvidar a la antigua ciudad tradicional que todavía llevo íntegra, sin la menor resquebrajadura, en mi memoria, me siento como huérfano de aquellas viejas torres, de aquellas casonas señoriales y de aquella antigua gente, que diría Leopardi, más seria, más fuerte, de costumbres más limpias y de gustos más sobrios.

Mario Sancho

Cartago, abril de 1932.

Diez romances de hoy

= De Carteles. La Habana =

Don Joaquín, le envío estos Romanes de Mirta Aguirre que me trajo un amigo. Se publicaron en el número del 2 de octubre de Carteles con un comentario de Mariblanca Sabas Alomá.

Se los envío porque me causaron una profunda emoción, la emoción que produce lo que es verdadero, lo que es fuerte, lo que es sencillo en estos tiempos de mentira, de afeminamiento y de extravagancia.

¿Y qué bien hizo Mirta Aguirre en escoger el romance para cantar estas cosas dolorosas, tras las cuales, como a través de las rejas de una prisión, se ve asomar el rostro del pueblo, ese rostro tan descarnado que casi es una calavera!

Con qué atormentada naturalidad van saliendo los Diez romances de hoy del pensamiento de Mirta Aguirre herido por la angustia del ambiente. Van saliendo con la naturalidad con que salen las virutas de un trozo de noble madera bajo la cuchilla del cepillo del carpintero.

¿El romance del hospital! Al leerlo se toca con la punta de los dedos la helada piedad que hay dentro del recinto de un hospital moderno. Uno comprende que si se pusiera un poco de esa caridad en la lengua, se tendría el sabor dulce y frío de un sorbete en cuya confección han entrado huevos, leche, azúcar y un poco de canela.

¿Y los otros romances? Le digo que estos romances de Mirta Aguirre me han impresionado tanto como los de García Lorca.

CARMEN LYRA

La mujer del líder preso
va con luz diurna a la cárcel.
¡Dolor de estar libre el cuerpo
mientras está presa el alma!
El hombre salió a la calle
con una hoz y un martillo
bordados sobre una seda
que su sangre había teñido.
¡Primero de Mayo ardiente
que costó prisión y duelo!
¡Primero de Mayo enorme
de campesinos y obreros!
¡Veintidós años ingenuos
convertidos en cincuenta!
—Zozobra de los destinos
del hijo y la compañera,
inquietud del día futuro

sembrado con sangre y huesos.—
Rencor de puños robustos
atados con grillos férreos.
¡Piedra implacable que sorbe
la bondad del hombre preso!

.....
La mujer—carne dolida.—
va con luz diurna a la cárcel.
Mujer de líder rebelde...
¡Surco de angustia constante!...

2

Muchacho, he visto tus libros.
¿Quién te puso sangre roja
en la biblioteca? He visto
junto a Martí el "Plan" de Stalin
y junto a Nájera, Glinko
¿Qué te importa a ti, muchacho,
lo que Lenin haya dicho?
Ilitch Ulianov fué un loco
que tuvo envidia de Cristo,
y Trotzky un viejo andariego
de puro perfil judío...
¡Labra tu campo, muchacho,
y arroja el lastre-marxismo!
El mundo no va a cambiarse
por complacer tu capricho.
Estudia, besa pies sucios,
encórvate ante el político.
subasta tu tierra al dólar
y olvida los "sovietismos".
Lo de Rusia es un "chantage"
para convertirse en ricos.
Lee Preceptiva, muchacho,
y expulsa lejos a Glinko.
Deja que cada uno quite
las piedras de su camino...
Lo demás son utopías
impropias de nuestro siglo...

3

El obrero—frío y odio.—
fué al trabajo de mañana.
Ropa blanca de cal seca,
callos rudos en las palmas,
frío intenso bajo el "sweater",
pies sin medias, boca ácida,
un real en el bolsillo,
el obrero fué a la fábrica.
Humo amargo de miseria
teñía de tisis su espalda.
El obrero—frío y odio
iba negro de desgracia.
.....
El hombre subió al andamio
con unos zapatos como barcas,
dió un patinazo en el aire
y cayó, al cielo la cara
Los brazos se desgajaron
como pencas de una palma;

el cirujano los corta
y los decora con gasas,
¡novias de blanco tocado
sobre la angustia callada!
Ya el hombre no podrá nunca
abrazar lo que abrazaba,
ya sus diez dedos son carne
inútil, desperdiciada.

El agente de seguros
viene con una abogada
y los brazos del obrero
con "checks" azules se pagan...

4

El hospital grande y claro
es como piedra cerrada.
¡Higiene de almas y cuerpos
que esteriliza la lástima!
Sonata en blanco ceñida
sobre la carne agobiada,
fuga del gamo ternura
sobre las tocas sin mácula.
Suelas de caucho en el mármol.
sordina quieta en las caras.
¡afán del grito que quiebre
toda esta angustia callada!
El Hospital grande y claro
con sus sillas y sus camas
de curvo hierro esmaltado
que rezuman agua helada,
es como un gran "frigidaire"
de conservar carne humana.

5

Playa: salud, optimismo,
carne tostada de sol,
trusas de corte cubista
y siluetas "comilfó".
Todo el mundo echa de menos
la gravedad de su yo
disuelta en la sal marina
y el yodo de su pulmón.
Un "yankee" ronca en la arena
ebrio de luz y de ron.
Los niños casi desnudos
son como un reto al calor.

En La Habana niños sucios
padecen de fiebre y tos,
viven buhardillas y sótanos
que habita el bacilo "Koch".
Tienen las piernas torcidas,
atrofiado el corazón,
carne abonada al hospicio
y a todo humano dolor.
El médico ordena baños
salados. curas de sol...

¡Pero un dólar cuesta el baño
en esta playa de Dios!
Playa de costa de Cuba.
la que descubrió Colón...
¡Playa de trusas cubistas
y siluetas "comilfó"!...

6

¡Oh Wall Street de los yanquis.
pulpo de carne latina!
Nuestros tiranos te han dado
próvida y fácil comida:
trozos de tierra Colombia;
¡oh. Canal. vergüenza viva!;
Cuba el carbón y el azúcar;
sus aduanas otra isla.
¡Oh Wall Street de los yanquis,
vives de sangre sorbida
a las jóvenes arterias
de tu hispánica vecina!
Eres vampiro insaciable
de la rodaja amarilla,
negra serpiente anillada
sobre el mundo de Bolívar.
Monopolios, latifundios,

"trusts" de todas las medidas,
"enmiendas" e "intervenciones"
son tu fraterna política.
¡Oh Wall Street de los yanquis,
pulpo de carne latina,
tiembla. que están ya contados
los minutos de tu vida!
Jóvenes puños se tienden
hacia ti blancos de ira,
puños que saben del golpe.
del grito y la rebeldía.
Puños que ya han dicho: ¡basta!
a tu lengua imperialista.
¡Puños de masas obreras
y de masas campesinas!

7

En piedras al rojo vivo
se cuece la leche diaria.
La madre la ofrece al niño
en la cuenca de una lata.
Sale el mayor con periódicos,
al despallito la hermana,
la abuela lava en silencio
la ropa de la semana.
¡Así lavara la angustia
que se desploma en la casa!
La escrófula muerde al niño,
la tisis muerde a la hermana,
y el padre sífilis lleva
bajo las venas moradas.
La madre es reo de muerte
por sus fecundas entrañas.
La vieja llora ocho décadas
de amargura proletaria.
Vida de labios candantes
como una candente barra.
Miseria de carne obrera
que también es carne humana.
¡Sangre que tinte de rojo
las banderas y las almas!...

8

Madre—América Latina,
tierra de heroico legado:
recuerda que llevas sangre
de Cuauthemoc y Pizarro.
Sangre de ibero y de indio
vertióse a diario en tus campos,
tierra peruana del Inca,
valle chileno de Arauco.
Madre-América forjada

INDICE



10 LIBROS QUE LE INTERESAN:

José Manuel de Estrada: <i>La Iglesia y el Estado y otros ensayos políticos y de crítica literarias.</i> (Prólogo del Dr. Rodolfo Rivarola.....	C4.00
M. Gutiérrez Najera: <i>Sus mejores Poesías. Elegías, Odas breves, otros poemas...</i> (Con una apreciación de Gutiérrez Najera por R. Blanco F).....	3.50
Fernando González: <i>Viaje a Pie</i> (el viaje a pie de un Stendhal colombiano, sublevado contra la tiranía de los últimos «ultras» del siglo xx. Un Stendhal bajo los trópicos..	5.00
Andre Gide: <i>La Escuela de las mujeres.</i> (Odio Conyugal.....	4.25
Federico García Lorca: <i>Romancero Gitano 1924-1927</i>	3.50
Oscar Hertwig: <i>Génesis de los organismos.</i> 2 tomos. Pasta.....	23.00
Paul Haensel: <i>La política económica de la Rusia soviética</i>	6.00
Elisabeth Huguenin: <i>La coeducación de sexos. experiencias y reflexiones.</i> ..	2.00
I. P. Pavlov: <i>Los reflejos condicionados.</i> Lecciones sobre la función de los grandes hemisferios. (Prólogo del Prof. Marañón.,	15.00

Solicítelos al ADR. del Rep. Am.

con carne y huesos humanos.
¿vas a dejar despojarte
del suelo que fecundaron
Cortés y Netzahuatcoyotl
porque a Uncle Sam le sea grato?
Vocs mordientes de rabia
ecos de gritos lejanos,
vienen corriendo a clavarse
sobre tu labio cerrado.
¡Los puños de Mella rugen
en su lecho mexicano!
sobre tus brazos cruzados!
Bolívar blande su espada
¿Es que abrigan raza esclava
tus montañas y tus llanos?
¡Madre-América Latina.
tierra de heroico legado.
recuerda que llevas sangre
de Cuauthemoc y Pizarro!...

9

El niño tiene seis años
y un "aya" inglesa con lentes;
un velocipedo rojo
y un enorme jardín verde.

Tiene un padre doctorado
y una madre aristocrática,
calza sandalias de cuero
con las hebillas de plata.
—Al niño de habla española
le ha enseñado inglés el "aya"

Duerme tibio en cama rica
llena de gasas y encajes.
El profesor de gimnasia
diariamente le da clases.

El niño pobre no juega
y va descalzo a la lluvia,
tiene los ojos ingenuos
maravillados de angustia.
Lleva en la mano un "¡Yo acuso!"
prendido al gesto implorante.
El niño tiene seis años:
¡setenta y dos meses de hambre!

Tiene vocablos innobles
mordiéndole la garganta,
imantados hacia el odio
tiene el corazón y el alma.

El niño-detritus duerme
acunado sobre un banco
del parque. ¡Tos tiene el niño
que le empurpura los labios!

10

El preso mató de un tiro
al burgués que lo explotaba.
—El burgués mataba a diario
cientos de hombres en su fábrica.—
Jueces, fiscales, presidio,
¡toda una vida frustrada!...
Gesto de esclavo rebelde
que destroza altivo al amo.
Hombre de rótulas recias
que no se hinoja ante el látigo.
Mano que traza justicia
sobre el pecho encanallado:
pecho de capitalista
y manos de proletario.
Desde entonces los barrotes
le cuadrulan el odio
y un gesto amargo de odio
le ha bajado sobre el rostro.
Jornada de doce horas,
jornal en "vales" pagado,
¡y cárcel donde hacer trizas
la rebelión del esclavo!
El preso rumia su angustia
en cuatro metros cuadrados,
y empieza a ver que se tinte
de rojo su mundo blanco..

Mirta Aguirre

Imprecación al Padre

= De *El Espectador*. Bogotá.—Palabras dichas en la Quinta de Bolívar, Bogotá, el 12 de noviembre pasado =

(En este callado recinto que una vez habitaron el Amor y el Dolor y la Gloria, vaga hoy la sombra del Profeta, del Magnánimo, del Terrible. Efluvios de su tórrido corazón vivifican estas flores; una oculta fuente de su quebranto sigue nutriendo estos pinos, semejantes a tenebrosas llamas, y sobre los trofeos que ha recogido la piedad memoriosa, se advierten todavía las huellas que dejara el imborrable, el apasionado beso de la esquiva Fortuna.

¿Qué templo más augusto para invocar a ese Numen, rememorar su excelsitud y propiciar su ayuda?)

Oh, Padre Bolívar! Oh, Libertador! Oh, vidente! Oh, Maestro!

Hundido apenas Tú en el abismo de las desolaciones, precursor de aquel otro hondo y acerbo que te acogió—ya muerto—en su regazo, el manto de púrpura que a tu ruego tejieron las manos de la Gloria para tu hija predilecta, la Gran Colombia, partido fué en jirones a filo de espada, cuando la hoja en ascuas de la tuya se había apagado ya para siempre en las amarguras del mar.

De este sitio partiste a consumir la epopeya cuyo recuerdo perdurará paralelamente a los siglos. Qué te impelió hacia el Sur? Imperioso y avaro amor de libertad; inextinguible sed de gloria; fiebre enloquecedora de crear; ímpetu irresistible de tu sino sin par; gigantesca visión aquilina del porvenir de América.

Del Orinoco al Potosí, cada combate fué escalón, dolorosamente esculpido por tu mano, en sangriento laborar hercúleo, para labrarte una atalaya desde dónde prevenir y avisorar los destinos del continente. Midió tu corcel guerrero, a paso de victoria, toda aquella área inmensa sólo para conquistar el reducido ápice desde donde pudiese defenderse la libertad de un mundo. Dianas, coronas, fiestas y cesáreos desfiles, fueron a tus oídos, oh solitario de las grandes cimas heladas, el lueño susurrar de las colmenas humanas, porque tu espíritu atemporal y extático ardía ya ensimismado en una visión inexpresable. Desde la suma cúspide mirabas hacia el pasado el peregrina-



Bolívar en 1830

Atribuido a Antonio Meucci

naje de los hombres, a orillas de los grandes ríos. Assur, Egipto, Irán, India, Catay. vastos crisoles de amalgamas raciales, campamentos efímeros de pueblos que se perdieron en la noche; aluvión colosal de estratos superpuestos cuya actual plenitud contiene, en insuperable densidad, la última experiencia posible del agruparse humano. Y esta visión pretérita suscitó delante de tus ojos el magno y natural destino de una humanidad nueva. Viste de Patagonia hasta el Caribe aquella red inmensa de los enormes ríos de la América austral, en su sinuoso laberinto de corrientes, pululantes de vida, densas con las semillas de las floras paradisiacas, portadoras de islas de verdor que recuerdan los jardines flotantes de la Belos antigua, ya tributen al épico Orinoco, deriven al milagroso Plata o acrecienten la onda oceánica del padre Amazonas que lame dulcemente las plantas de esta Patria. Y comprendiste que allí sería el asiento

de una portentosa e inaudita cultura que concentre la milenaria sabiduría de los pueblos desaparecidos y la salvaje esplendidez del vivir primordial; el anhelo sublime de fe y razón reconciliadas, y el firme andar de la vida regido por el blando ritmo del corazón de la piedad.

Dijiste tu visión a las hijas que creó tu fecundo abrazo con la Gloria, en el mullido lecho de laureles y oliva arrojados en haces sobre el oro manchado de las pieles de los jaguares y la sedeña suavidad de las felpas acariciadoras del puma. Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia, recibieron tu paternal y augusto encargo de allanarles el camino a las migraciones del futuro y de sentar sus reales en los estuarios grandiosos, para que en torno de cada tienda señalada con el pabellón que tú mismo le izaste, se agrupasen hombres de todas partes de la tierra, atraídos por la sombra hospitalaria de cada alero. Pudo muy bien tu espada, tinta

en sangre, trazar sobre el terreno la línea delimitadora de la novísima encomienda, pero tú no quisiste, porque habiendo vivido y padecido y triunfado para la libertad y el derecho, tus anhelos llegaron hasta el preciso linde que la tradición señaló a cada pueblo, de su patrimonial territorio. Por eso cuando un día pretendióse arteramente menoscobar el de Colombia, tu fiereza de león arrancó de un zarpazo la presa que quería apropiarse alguno de tus cinco cachorros.

Intérprete fiel de tus empeños, tu dilecta Colombia, durante mucho tiempo sacudida de convulsiones y martirios, amó siempre tu obra y probó dilatarla por los espacios de América. Ella sirvió ardorosamente a tus proyectos, mientras tú alentaste. La liga antíficticia del Istmo, halló aquí propagandistas inflamados. La Sociedad de Naciones es hoy como el eco engrandecido de aquella voz clamante con que quisiste reunir los Estados de América, ante el altar de la Justicia. Tu imprecación clamorosa por la libertad de los esclavos, devolvióle la vida, con fórmulas precisas de una nobleza sin igual, a la gente irredenta; la raza autóctona fué traída, con amoroso gesto, al convite de iguales, y a medida que se hundía el pasado confundiendo sus escombros con los que amontonaba el presente, tus héroes de epopeya, modelados por tus propias manos, iban cediendo su sitio de fieros ejecutores de la violencia redentora, a una apacible cohorte de sabios y estadistas, a esas dos primeras generaciones republicanas que poblaron el cielo espiritual de América con la tribu soberbia de vastas concepciones que en tu cabeza genial sólo habían sido como los polluelos del cóndor emblemático.

Leales a tu consigna, nunca jamás habremos de empequeñecer la grandiosidad de tus empeños. Cuando pugnamos con tesón por unos palmos de tierra, no vinculamos a ellos, como elemento primordial, su explotación mezquina, sino en cuanto favorezca la obra trascendente que tú nos inspiraste y que ansiamos nosotros seguir adelantando con energía vivaz y voluntad perseveran-

(Pasa a la página 367)

La quinta de Horacio

= De La Prensa. Buenos Aires =

Todos han leído, para delicia de sus facultades, esa clara página de "Los nuevos paseos arqueológicos" de Boissier, titulada "La quinta de Horacio". Leer esta evocación y completarla luego con la lectura general del propio vate, es reanimar hasta el detalle aquel pasado de las "Epístolas". Casi vivir en él. Casi vivir con Horacio. Era lo que yo buscaba, pues me había trazado el designio de recoger juntamente con el deleite lírico de tal vecindad la utilidad de una verificación. Quería conocer por dentro la paz romana, que ya mostraba su primera faz, y saber algo verdadero de la Roma de Augusto.

Leyendo las páginas que digo, hube de vivir en la quinta famosa. Y es afortunadamente tan poderosa magia la del arte, que mi propósito fué punto por punto realizado. Doy por seguro que cuando mañana se invente el instrumento capaz de captar las visiones pretéritas, poco habrá que enmendar a las ya logradas reconstrucciones del arte.

Horacio fué tan dichoso en su quinta—regio presente del regio Mecenas—que irse a vivir con él como lo hacemos mi lector y yo desde este momento, parece cosa de gran sabiduría. Ya estamos en su casa. A nuestra vista la alta montaña de Lucretia; por nuestro, el arroyo Digentia. Podemos entregarnos a la contemplación de la naturaleza, o simplemente andar tostados por el sol, recorriendo los fértiles campos. Encinas, nogales, olmos nos acogen entre el valle y el torrente vecinos. Viviremos entre montañas de grato verdor, oiremos los rumores del follaje y del arroyo. Nos parecerá que nos arrulla el propio eco de la inmensa paz romana que ahora muestra su primera faz con el advenimiento de Augusto, con la naciente Roma de los emperadores. Y pues Horacio nos sienta a su mesa, la bruñida fuente de sus manjares será, por así decirlo, el mejor espejo en que nos sea dado contemplar todo el Imperio. Atentos a cuanto dijere, de su propia experiencia y testimonio iremos haciendo caudal.

Es hermosísimo el lugar, y los tiempos florecen públicas dichas. ¿No ha vuelto el divino amo triunfador? Con él se asentarán todos los Césares, triunfantes. Es la hora de la confianza social. Las eras de Libia darán mucho, mucho trigo. Alcanzará para todos los guerreros. El mundo conocerá otros hombres. No volverá nunca más "el funesto siglo de Pirra con sus monstruosos portentos". El dios de los augurios, "el verídico Apolo", sonríe sobre Roma, señora de la tierra. Crezca el benigno tomillo sin ningún recelo en las veredas de los montes. Son tiempos de amor los que vienen. ¿De amor? Está mal dicho: de amores. Tiempos de amores. Alguna Lidia cortesana oirá constantemente el erótico estribillo: "¿Duermes, Lidia, de-



Horacio

De un medallón de bronce de la época de Constantino
(Biblioteca Nacional. París)

jando perecer a tu amante?" César "forjó de nuevo en el yunque los aceros embotados y domó con ellos a los árabes y los masagetas". Muy bien. Pero eso no fué guerra sino pacificación. La paz se va extendiendo a lo ancho y a lo largo de la tierra, dulcemente, tal vez letal. Hasta los cabellos canos se adornarán de rosas y se perfumarán con nardos de Asiria. Que se amen a su talante Mecenas y Licinia: la paz reina sobre las heredades: la paz de Augusto. La ciudad de Roma se ciñe de jardines como una diosa que se coronara de flores y de hiedra. Toda la trayectoria está hecha, tal como Horacio lo cantó sin quererlo: Si en tiempos de Rómulo "eran muy cortas las fortunas privadas y muy grande la fortuna común", ahora acontece cabalmente todo lo contrario. Pero el alma de los pueblos está cansada, laxa. Y va cundiendo tal vez letal la paz romana.

Siendo César el dueño del orbe, nadie teme ya "morir en el tumulto de la sedición ni por el hierro de un malvado". Reina ya, segura, la paz del César. Todo se olvida, por lo demás, en el sosiego de estos lugares habitados de las musas. Mas en los primeros días no conseguimos olvidar que Horacio es el hijo de un esclavo, de un liberto de Venusa. Recordamos silenciosamente la línea rota de su vida: su fracaso de Filipos. Y el otro: ayer, soldado de la libertad contra César; hoy su cantor. ¿Muelle cosa su avenimiento con el nuevo régimen! Su asco por los negocios públicos—nos llegamos a preguntar—¿lo exonera de toda responsabilidad ante sí mismo? El arrepentido soldado de Filipos vive para él y nada más. No tiene familia. No se le conocen hijos. No quiso ni siquiera esta carga para sus hombros. Contra la disolución de las costumbres se limitó a ser parco en los placeres, no dejando empero ni los más reprobables por probar. ¡Pero cuán arregladamente! De ordinario, fué un modelo en punto a sa-

ber elegirse "devaneos frívolos y baratos".

Es una lástima recordar que el padre de Horacio fué un esclavo. El no lo oculta. "Yo, nacido de humildes padres", dice un verso suyo. Pero nos da sutil angustia que él tenga esclavos y se halle tan a gusto. Con todo, no declamaremos cosa alguna, y menos del orden sentimental, contra la esclavitud; ni habría aquí razón de hacerlo; porque ¿no estamos viendo acaso cómo se le dieron al siervo letras y ciencias? ¡Ay, sí! ¿Mas no será, aún tratándose de Horacio, para alcanzar después mejor precio de venta? No hay una ley ni una costumbre de Roma que no estén concebidas bajo el dictamen del egoísmo. El propio vate de Venusa creía muy sinceramente que "aun la utilidad es como la madre de lo justo".

Por otra parte, ¿no se dió quien esto escribe el gran chasco de su vida universitaria con el hallazgo del "peculium"? Imposible nos será desde entonces fiarnos de ningún progreso jurídico en Roma, ni tomarlo seriamente como signo de una evolución de la conciencia quiritaria hacia más generosas formas de justicia. El decantado "peculium" de los siervos no fué sino un lazo, un nuevo lazo, para retenerlos más diabólicamente sujetos, ya que siempre en las manos del patrón venía a ser para éste "como un fondo de reserva, precio eventual de rescate o bien premio de seguro, en caso de muerte o fuga". Y siempre así: el pacto leonino, las estipulaciones avaras, la calculada burla, la tiranía sin fin.

Pero es feliz Horacio, y ama y se deja amar de los amigos. ¿Quién duda, por ejemplo, que es hermosísimo el fervoroso celo de su amistad por Virgilio? Enternece la oda a la nave que dirigía al poeta rumbo a Grecia: "¡Oh, bajel!... Ruégote le conduzcas sano a los confines de Atica y guardes esa preciosa mitad de mi alma". Es feliz el amigo de Mecenas. Sus amores, pasajeros; sus amistades, largas. Su mesa—no opípara, que más bien frugal,—pródiga en añejo Falermo. ¡Vino y antorchas! Y él "apoyado sobre el codo en el lecho del festín", como un dios recogido y prudente. ¿A qué la excesiva bulla? Nadie lo dijo mejor que él: "Todos hemos de pisar una vez el sendero de la muerte"... Como dijo también:

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum
tabernas

Regumque turres.

Entretanto, pulsa la cítara y aun de viejo quería tañerla. Pero en su dulce casa, ora esté en la ciudad, que no ama, ora en su quinta, refugio cierto de su alma. Nadie en Roma, sintiendo llegar de noche por la calle oscura, acompa-

ñamiento de lucas y cítaras, pudo nunca pensar: es Horacio.

Corre plácida su vida, y a la verdad que por obra de su armonioso espíritu. Mirto corona la sien del siervo que le alarga la copa en el huerto; mirto engrinalda su frente "bajo las sombrías parras". ¡Regalado ocio el suyo y serena filosofía la de su conducta! Mas cuidado con él, sin embargo, caso de irritarle. Suele llamarse implacable. A Casio Severo le dijo en un épodo: "Perrero medroso frente a los lobos, ¿por qué acometes a las personas inofensivas y no vuelves tus recias amenazas contra mí que puedo destrozarte a dentelladas?"

Ha cumplido ya ocho lustros de edad el poeta y su mayor descubrimiento está hecho: el de la áurea medianía. Odia al vulgo—cosa que sienta bien—y es recatado con los poderosos. Practica tan celosa como mesuradamente la religión oficial, superficial, anodina, como el que no tiene—y era su caso—el menor atisbo de los santos misterios. De esta suerte, preocúpalo principalmente restaurar los templos y los santuarios que se demoronan después de tanto abandono y las estatuas ennegrecidas por el humo de los pasados incendios. ("Pero el espíritu de la religión latina—ha escrito Ferrero—agonizaba en las formas artísticas y demasiado griegas en que ahora se revestían las cosas sagradas").

Ahora bien, su verdadera religión es la del César. Le canta y lo ensalza: "¡Oh príncipe el más egregio de cuantos el sol alumbra en las tierras habitadas!" Junto a las aras del César sólo adora a Mecenas.

En su casa festéjase así el natalicio de Augusto como el de un dios y el de Mecenas como el de un príncipe. Padre y rey, le llama a su amigo y protector. Padre y rey, contando los años, los días de su ilustre amistad. Padre y rey, viviendo para venerar su persona y su nombre.

¿Gratitud? ¿Servilismo? Religión.

Con el cabello tirando a gris y no tan bien parecido como él mismo se juzga, el venusino es la imagen del buen amo de casa y hace realmente grata la vida de los que se acogen a su hospitalaria mansión. Acabamos por pensar lo que él piensa, creemos lo que él cree, sabemos lo que él sabe. Adoramos, uno a uno, sus versos. No obstante, el látigo de su sátira subleva en nosotros un íntimo sentimiento apenas nos recobramos de la fascinación de su gesto y su palabra. Una verdad nada honrosa para él se impone de inmediato. No va su sátira contra el poderoso, va contra el pobre diablo. Mata al que ya está en el suelo. Es sagaz, es maligno, pero nunca contra un grande. Cátulo valía mucho más que él a este respecto. Cátulo, pocas décadas atrás, se ejercitaba en zaherir nada menos que a Julio César con crueles epigramas. Si Julio César lo quiso comprar con favores, resultó que Cátulo no tenía precio. Y toda Roma le vió alzarse, lleno de fiereza, contra el

dictador. Lo cual le honrará por los siglos.

Horacio no. Si en un principio fué la libertad de su palabra lo que más le atrajo la atención de Mecenas, se tornó después en la personificación del acatamiento y el orden. De hecho es un renegado y un apóstata. Pero como nadie puede gritárselo, su apostasía es comodísima. Mitad epicúreo, mitad escéptico, no se inquietará nunca más por los negocios de la república.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Pío Baroja: <i>El Aprendiz de Conspirador</i> . Novela.....	3.50
Luis Jiménez de Asúa: <i>La lucha contra el delito de contagio venéreo</i>	3.00
Luis López de Mesa: <i>La Tragedia de Nilse</i>	5.00
L. López de Mesa: <i>El Libro de los Apólogos</i>	3.50
Raimundo Lulio: <i>Blanquerna</i> . Novela. 2 tomos.....	10.00
David Katz: <i>El mundo de las sensaciones táctiles</i> (con once láminas).....	8.50
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	5.00
Luciano de Samosata: <i>Los amores. El banquete. Subasta de Filósofos. La Danza</i> . Traducción directa, prólogo y notas de E. Barriobero y Herrán.....	2.50
Jorge Basadre: <i>Perú: Problema y Posibilidad</i> . (Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú).....	3.00
Julián del Casal: <i>Selección de poesías</i>	6.00
Emilio Clermont: <i>Laura</i>	3.50
Dlaise Cendrars: <i>Antología negra</i>	5.50
Tomás Carlyle: <i>Pasado y Presente</i>	5.00
Ralph Waldo Emerson: <i>Obras Completas</i> . (Doce ensayos).....	4.50
Juan Dantín Gereceda: <i>Historia de la Tierra</i>	1.50
José Arias Gómez: <i>El Gramófono Moderno</i> . (Su buen uso, conservación de discos, empleo de aguja apropiada).....	3.00
Luis Araquistain: <i>La revolución mejicana, sus orígenes, sus hombres, su obra</i>	5.00
M. Asin Palacios: <i>Dante y el Islam</i> . Pasta.....	3.70

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

Podríamos preguntarle:

—Horacio, ¿en qué crees?... ¿En qué filosofía?... ¿En cuál principio?...

Y toda su verdad sería ésta:

—En Augusto.

Dice muy bien sin duda el autor de "Grandeza y Decadencia de Roma" (V, 43), que el siglo de Augusto fluctuaba entre dos conceptos contradictorios del Estado: el latino de un Estado cuyo objeto central es vencer los egoísmos individuales o de grupo, imponiendo siempre el interés público y el greco-oriental, en que hallan satisfacción los individuos; "entre el Estado considerado como órgano de dominación y el Estado considerado como órgano de cultura superior y refinada; entre el militarismo romano y la civilización asiática".

—Horacio ¿en qué crees?

—En el César.

Es lo justo, dados los términos de la contradicción. Pero si en esta esfera reinaba la perplejidad en toda Roma, del propio modo que se contradecían en los espíritus la filosofía de la virtud y la del placer, según se apura el problema, es evidente en cambio que, desde otro punto de vista, las cosas se simplifican netamente en las dos tendencias económico-políticas que se acentuaban inavenibles por aquellos albores de la crisis cristiana: la revolucionaria de los pobres y la sojuzgadora de los ricos.

Asimismo es evidente que Horacio, el poeta de las sátiras, soldado que fué de Bruto y paladín de Filipos, se quedaba con los ricos y los poderosos, entre los cuales su padre fuera ayer no más uno de tantos esclavos.

Crezca el benigno tomillo sin ningún recelo en las veredas de los montes...

Arturo Capdevila

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

¿Se salvará el capitalismo?

Esquema de un relativismo económico

= Traducción y envío del Dr. Emilio Valverde. En esta ciudad =

Si en 1240 se hubiese descrito a los campesinos normandos o bretones las instituciones que hoy nos parecen más naturales: independencia del colono; castillos sin soldados y la justicia impartida en nombre del pueblo por jueces-funcionarios, semejante cuadro les habría sorprendido hasta la incredulidad.

Si antes de la Guerra, y fuera de los grupos socialistas y comunistas, alguien hubiese tratado de discutir la permanencia del Capitalismo, no habría sido quizás tomado en serio. El régimen de la propiedad privada aparecía como una de las consecuencias de la naturaleza humana. Un patrón ponía tan poco en duda su derecho sobre sus fábricas, como en el siglo XIII el señor sobre su feudo.

¿El Capitalismo y la Propiedad irán a formar parte un día, en los museos de las instituciones arcaicas, del grupo feudal y de los derechos señoriales? Un partido entero lo cree así y hay ya hoy una nación, Rusia, en busca de una nueva Economía. ¿Cuál será el resultado? No habrá en el capitalismo vigor todavía para muchos siglos antes de ceder su lugar, como toda creación humana, a otras formas, hijas suyas? ¿Se trata de una institución joven, en crisis de desarrollo, o de un sistema tambaleante y definitivamente condenado? ¿Qué deben hacer los estados capitalistas para remediar males que amenazan ser mortales? Tales son, me parece, algunas de las preguntas que debe hacerse hoy día todo espíritu curioso.

Es seguro que ninguna de ellas sería muy apremiante si el ensayo ruso no existiese. Y no es fácil, por cierto, formarse actualmente un juicio honrado sobre tal ensayo. Es uno de los fenómenos más curiosos de nuestro tiempo la imposibilidad en que se encuentran los hombres imparciales (o que se creen tales) de obtener sobre la Rusia actual informes ciertos. La existencia de una censura rigurosa hace sospechosas las declaraciones de los ciudadanos rusos y aún aquellas de corresponsales extranjeros residentes en Rusia. En cuanto a los viajeros, la rapidez del viaje, el desconocimiento de la lengua nativa y la vigilancia de los guías, privan de toda autoridad a sus observaciones y los entregan casi completamente a las ideas preconcebidas, favorables o desfavorables, que al partir tuvieron en mira demostrar.

No obstante esa ignorancia, o más bien a causa de ella, la Rusia soviética excita las imaginaciones. No podemos decir si triunfará, pero nos es imposible negar su duración. Sus dirigentes—gente lista—mantienen hábilmente una impresión de éxito. El Plan Quinquenal ha sido un hallazgo. Hay en esta fórmula una mezcla de precisión y de misterio que inquieta y satisface los espíritus. Y conste que no se trata simplemente de una fórmula: los ingenieros e industriales ca-

pitalistas que han estado en Rusia en el último año han regresado sorprendidos y al comparar las fábricas rusas con las europeas, no pueden dejar de admirar lo gigantesco de aquellas construcciones. Es cierto que edificar no es difícil y que el problema consiste menos en crear un equipo económico que emplearlo en condiciones de rendimiento y de salarios superiores a las de los regímenes capitalistas, cosa que hasta aquí no hemos visto. Pero no importa, el efecto producido ha sido inmenso.

Por otra parte, los capitalistas sufren desde hace tres años una crisis temible. El engranaje económico parece embotado. El número de desocupados aumenta a diario y la necesidad de sostenerlos obliga a los pueblos a vivir de sus reservas. Es natural que en tales circunstancias el comunismo aparezca como un refugio a dos grupos de hombres: uno, el de los infelices que han perdido su fortuna o su trabajo, acusa al sistema capitalista de su personal infortunio; el otro está formado por intelectuales que, desencantados por la incapacidad de los capitalistas para organizar razonablemente la producción y la distribución, se dejan seducir por el aparente rigor lógico de la organización rusa. La U. R. S. S. forma para esos descontento, un núcleo de cristalizaciones. La existencia de una Rusia comunista da un carácter nuevo, peligroso y profundo a las crisis de superproducción. Además, estamos viendo que las crisis mismas han tomado después de la Guerra un carácter de mayor extensión y gravedad y es preciso investigar las causas.

El derecho que da la Propiedad al hombre de aumentar sus bienes y de hacer de ellos lo que a bien tenga, sin otra restricción que la del respeto a las leyes, ha dado, después de todo, resultados admirables. La civilización humana ha sido casi por doquiera y en el transcurso de todo el período histórico, basada sobre ese derecho. El afán de lucro, el esfuerzo por aumentar su poder, el deseo—menos egoísta—de heredar su familia, han producido en el hombre un esfuerzo de trabajo y un espíritu de economía a los cuales se debe la prodigiosa acumulación de riqueza que bajo forma de casas, campos cultivados, ganados, objetos de arte, etc., forman el marco de nuestra civilización espiritual. Se puede ser, en el presente, adversario o partidario del capitalismo, pero para el historiador me parece difícil no reconocer, en el pasado, la grandeza de sus efectos.

Durante los siglos XIX y XX el régimen de la propiedad privada ha sido profundamente transformado por el desarrollo del maquinismo y de la concentración de las grandes industrias. El proceso ha sido descrito con harta frecuencia; hoy sólo quiero retener dos de sus aspectos:

a) Los esfuerzos realizados durante ese período han creado un feudalismo nuevo; dinastías de comerciantes e industriales se transmiten, como feudos, las empresas familiares. Millones de obreros aceptan, como siervos, el dominio del patrón que los emplea. Hasta en 1880 y algunos países hasta en 1900 las clases obreras han abandonado el poder político en manos de esos nobles. Los héroes de la banca, del comercio o de la industria han librado combates homéricos en los que la derrota significa la quiebra y, a veces, el suicidio. Como las rivalidades de los castillos señoriales, éstas han sido pagadas muy caro por las chozas... Pero el público se complace en los torneos y hay ahora grandes patrones como antaño grandes señores. En los Estados Unidos, país en donde el feudalismo económico es todavía primitivo y fuerte, el pueblo, hasta la crisis última y aunque lo alcanzaran a veces las astillas..., admiraba los bellos golpes de lanza que se cruzaban los combatientes de Wall Street.

b) El desarrollo de ciertas ramas de la producción ha sido tan rápido que el capitalista aislado no ha encontrado en sus ganancias los capitales indispensables y suficientes. De aquí, una floración de sociedades por acciones y una transformación completa de la naturaleza de la propiedad. En tiempos de Balzac el Papá Grandet poseía álamos, campos, casas, oro y en parte, rentas del Estado. Hoy un empleado de comercio parisiente posee acciones de una compañía domiciliada en Amsterdam; de una mina de cobre que él cree en España y que está en Argentina, de una plantación de caucho cuyos árboles sangran en Java o en Sumatra... Esta participación del pequeño capital en las grandes empresas ha conducido a observadores superficiales a hablar de un régimen democrático de la propiedad. En realidad, tal democracia y la democracia política tienen algo en común; ambas son plutocracias... Los grandes negocios son administrados por una minoría de hombres todopoderosa que firma los contratos, distribuye dividendos y que la multitud de accionistas exime de todo control efectivo. Las consecuencias de esas transformaciones de la propiedad privada no han sido muy felices: descontento del pequeño propietario que ha perdido todo sentimiento de seguridad y de confianza: la anarquía de una sociedad feudal en la que cada uno trata de desarrollar su negocio y sus ganancias sin preocuparse de las necesidades generales del mercado ni de la superproducción que fatalmente sigue: la acumulación de rentas inmensas en unas pocas manos que, al no poder gastarlas en la satisfacción de sus propias necesidades, desvían tales fuerzas del ciclo económico normal y las destinan a multiplicar todavía medios de producción ya demasiado numerosos: las crisis periódicas, inevitables tal vez, pero cuya amplitud habría podido ser atenuada por un control inteligente de la producción y del crédito: en fin, la falta de traba-

jo, síntoma grave que sigue automáticamente a la superproducción.

Los males engendrados por un mecanismo tan complejo abandonado a sí mismo, fueron diagnosticados desde comienzos del siglo pasado, pero entonces los síntomas parecían inofensivos y podían ser descuidados. El engrandecimiento de los mercados había creado la ilusión de un aumento continuo de la producción, pero la Guerra, al cerrar un gran número de esos mercados y al transformar en naciones industriales las que hasta entonces habían sido simples consumidoras, al multiplicar las barreras aduaneras en Europa, ha dado a aquellas oscilaciones una amplitud tal que se ha vuelto difícil para la civilización burguesa el soportarlas.

Dos actitudes son hoy posibles ante esa realidad: la primera, pensar que todos esos males no son una consecuencia necesaria del régimen de la propiedad y que bastará introducir en las formas de nuestra economía algunas correcciones para devolverles sus eficacias; la segunda, la de los rusos, afirmar que toda la sociedad capitalista produce inevitablemente efectos tan nefandos y que el único remedio está en el comunismo.

¿Cuáles son los elementos de fuerza del comunismo? En primer lugar, nos hallamos en presencia de una dictadura económica. Ya hemos tenido en el mundo capitalista la experiencia de tales métodos. Se olvida a menudo que el primer gran ensayo de economía socialista lo hicieron durante la Guerra los países aliados. En esa época la Interallied Shipping Board controló las flotas mundiales y en Estados Unidos la War Industries Board ejerció bajo la dirección de Bernard Baruch una verdadera dictadura económica. ¿Por qué fueron tan admirables los resultados? Porque en aquella ocasión los intereses individuales, siempre en conflicto, fueron eclipsados por el interés general y un orden relativo reemplazó a la anarquía. ¿Cómo se logró obtener tanta abnegación de la rebelde naturaleza humana? Un fuerte sentimiento, el patriotismo, impuso silencio a la envidia, a la vanidad y a la avidez. Una mística fué creada y el individuo, adorador de una fuerza que le sobrepasaba, aceptó el sacrificio. El comunismo se propone también una mística, no exenta de patriotismo; Rusia juega una partida contra el mundo entero y multitud de rusos, adversarios del comunismo, desean sin embargo el triunfo de su país. Pero para los miembros del partido su fuerza activa está en una mística propiamente comunista: el abandono total del individuo a una tarea y a una esperanza superiores. Es tal mística lo que permite durar a una dictadura exigente y cruel. La fuerza del partido parece ser militar o policiaca, como en efecto lo es, pero ningún régimen fuerte ha podido durar mucho tiempo sin estar sostenido por una creencia y en el partido comunista ruso, sobre todo en la juventud, esa fe existe. Pero no creo que ella baste. El número de individuos capaces de sacrificio y desinterés, aun-

que no despreciable, no será bastante grande para mantener sobre el yunque a todo un pueblo.

Si leemos las novelas de la Rusia actual (por ejemplo, el bello libro de Pilniak "El Volga va a morir al Caspio"), veremos que las pasiones más humanas acompañan a aquel desinterés. Siempre me había preguntado qué fuerzas podrían reemplazar, en la economía comunista y en los seres vulgares (suponemos que en Rusia los habrá como en todas partes), reemplazar, digo, la idea de lucro, gran motor de la economía capitalista. Los libros de Pilniak y de Calvin Hoover y más recientemente el discurso de Stalin sobre las desigualdades necesarias, me las han mostrado claramente. En primer lugar, la idea de lucro no ha sido completamente desechada; "no podemos admitir—dice Stalin—que un mecánico de locomotora sea pagado igual a un simple escribiente". Si esto es así, la ambición reclama sus derechos y los resultados son casi idénticos. Un hombre en la Rusia soviética puede convertirse si es buen técnico en contra maestro, en director de fábrica o en ingeniero y a esas funciones corresponden un modo de vivir, de alojamiento, de prestigio ante la mujer, superiores a los de un simple obrero. Pilniak como Hoover dejan adivinar que la intriga político-económica, las maniobras por subir o las acusaciones destinadas a desbancar un superior que estorba al ascenso, etc., desempeñan un papel tan importante en Rusia como el deseo de lucro en los países capitalistas. Como siempre, los instintos allí rescatan todo fanatismo dándole la máscara de la virtud. Los comunistas de Stalin recuerdan a los puritanos de Cromwell. Pero el puritanismo y la ambición son tal vez más contrarios a la armonía social que la lucha por el lucro, forma de poder anónima, intercambiable. Yo no sé si ganaría mucho la humanidad en cambiar al Dios-Dinero por el Dios-Poder y la libre concurrencia por la calumnia.

Pero otro sentimiento mucho más noble aparece en los libros de la Rusia actual: la dicha de la acción. En toda época el "pioneer", el hombre que por una acción sin reposo modela con sus manos una naturaleza virgen, ha sido un hombre feliz. Los Estados Unidos durante dos siglos han conocido el optimismo del "pioneer". Es hoy en Rusia donde

hallan campo a sus ímpetus. Un ingeniero americano empleado por los rusos expresa a maravilla tal sentimiento: "no soy comunista—dice—y todas esas doctrinas me son indiferentes, sólo quiero saber que aquí, en Rusia, es donde puedo construir la más grande y la más bella instalación eléctrica". Leed el libro que los soviets distribuyen a los escolares; veréis allí que el Plan Quinquenal les es presentado como una aventura heroica en un estilo que recuerda a un mismo tiempo a Rudyard Kipling y a Walt Whitman.

¿Serán permanentes ese entusiasmo y esa mística? Aquí, como en todo, el papel de profeta es peligroso, pero no deja de ser un bello ejercicio espiritual el estudio de la Posibilidad. Esta podría ser, en primer lugar, la desaparición rápida del comunismo: el Plan Quinquenal fracasaría y los obreros rusos se cansarían de una abnegación que los resultados habrían demostrado inútil y echarían a sus patrones. Solución que me parece poco probable. El Plan Quinquenal no traerá a Rusia un bienestar completo y dejará al obrero ruso en una situación todavía inferior a la del obrero francés o americano, pero no hay duda que mejorará su situación y que el cambio será bastante grande para que, con ayuda de la fe, sea fácil obtener de las masas rusas que otorguen su confianza a un nuevo plan que, prudentemente, esta vez será previsto por un período de diez y aún de quince años.

Es posible que durante esos quince o veinte años los soviets ganen terreno a los estados capitalistas (si éstos no se reforman). Los soviets trabajan en un país nuevo en donde las necesidades son inmensas y muy grandes las fuentes naturales de riqueza; la competencia técnica se la darán los ingenieros americanos o alemanes. Además, ellos ejercen un poder absoluto; imponiendo privaciones a su pueblo acumulan capital de reserva con mucha mayor rapidez que el mundo capitalista. Ninguna razón se opone a que puedan construir una gran civilización industrial y si al principio los productos de la industria comunista son mediocres, es posible que gracias a la colaboración extranjera, por un lado, y al sistema de coerción, por otro, los rusos puedan después de una serie de fracasos corregir sus errores.

Las verdaderas dificultades para Ru-

LOS
expectorante oriental
LOS

sia comenzarán con el éxito. "Nada hace fracasar tanto como el éxito". Supongamos que el régimen soviético logre dar en treinta años a sus súbditos un "standard" de vida igual o superior al del obrero y aún al del pequeño burgués capitalista. Es natural creer que se constataría entonces los fenómenos siguientes:

a) El entusiasmo místico se debilitaría porque las emociones humanas pierden fuerza cuando dejan de tener el prestigio de la novedad; porque la victoria suprime la excitación de la lucha; porque, en fin, el deseo de construir y de crear deja de ser satisfecho. El "pioneer" desflora la naturaleza y es su destino destruir el candor que hace su dicha... El día en que ha logrado reemplazar la naturaleza rebelde por la colmena humana se sentirá a la vez vencedor y desposeído. Los rusos de 1960 se aburrirán como los norteamericanos de 1927;

b) Como los Estados Unidos hicieron, Rusia tratará sin duda de prolongar artificialmente la epopeya del "pioneer" y llegará entonces para ella el turno de conocer la superproducción. La exportación le será difícil porque los demás pueblos defenderán a sus trabajadores. Pero, se pregunta uno, ¿cómo es posible la superproducción en un régimen comunista, puesto que ellos pueden a voluntad mejorar el "standard" de vida, aumentar las raciones ilimitadamente, en principio, disminuir las horas de trabajo? Hay que reconocer lealmente que esa sería sin duda la superioridad del sistema comunista sobre el capitalismo tal como existe hoy día, ya que podrían en caso de necesidad devolver a la circulación una mayor parte de la producción. Pero no es esa la realidad actual y Rusia tendrá que recurrir al capital, medio de producción, durante mucho tiempo todavía;

c) El mejoramiento continuo del "standard" de vida conduciría a reconstruir la burguesía. Los soviets se verían obligados a distribuir una tal diversidad de productos que tendrían que permitir a sus asalariados el derecho de escoger entre los objetos ofrecidos y disponer libremente de su salario. De un tal derecho a la reaparición del ahorro, seguido de la riqueza, el declive es insensible. A fines del siglo xx Rusia descubriría la propiedad privada, que aparecería como una inmensa y revolucionaria novedad. La prosperidad haría renacer el capitalismo, algo distinto por lo demás de como existe hoy día; el ciclo se cerraría. Esa, al menos, sería la posible marcha de la historia. Pero no será tal vez la que se realice. Si es ingenuidad creer intangible el capitalismo, no lo es menos ver en el comunismo una verdadera religión, una forma lógica y perfecta en la cual cristalizará para siempre la economía humana.

Es también extraña debilidad de pensamiento oponer individualismo a socialismo, capitalismo a comunismo, como si se tratara de conceptos claros con fronteras bien delineadas. La realidad es móvil y compleja y la evolución histórica hace oscilar las sociedades humanas de

Laboratorio Clínico

Lic: Manuel J. Grillo hijo

Análisis médicos (Orina, Sangre, Heces, Espustos, Pus, Jugo gástrico, etc.)

GARANTIA PROFESIONAL — EXACTITUD COMPROBADA

un sistema a otro sin localizarlas en ninguno. Si nuestra época ha de dejar una filosofía original esa será la de un relativismo absoluto. No es inmoral ser capitalista como no es criminal ser comu-

nista. Sería más lógico admitir que una doctrina sólo es perjudicial si es rígida. No hay una verdad económica, o más bien, sólo hay una verdad económica del momento. Así como el sabio llevado por sus experiencias revisa sin cesar sus hipótesis y como el jefe militar, si es prudente, acepta la lección de los hechos, los dirigentes económicos sólo deben tener una doctrina para coordinar provisoriamente sus acciones.

El capitalismo puede realizar la economía de una revolución, pero sólo transformándose logrará salvarse.

André Maurois

PERSIFLAGE

En defensa del sagrado derecho de la cancelación de deudas que no se pueden pagar

= Colaboración directa =

Al Lic. don Carlos María Jiménez, diputado al Congreso de la República, ilustrado legislador, varón cristiano.

En treinta de noviembre de este año el presidente de Colombia, Olaya Herrera, sancionó la ley sobre deudas entre particulares la cual entró inmediatamente en vigencia. Entre las principales disposiciones de esta ley están la reducción en un treinta por ciento de las deudas contraídas antes de julio del 1931 y la rebaja de intereses al seis por ciento en ciertos casos estipulados y al ocho por ciento en otros casos. A los acreedores que no acepten la rebaja del capital que se les debe, se les concede gracia de otorgar forzosa moratoria de tres años (1). Publicada hoy esta información en *La Tribuna* de San José, los comentarios han estallado como cohetes en los mentideros de la capital. Entiendo que hasta en el mentidero principal, que llamamos el Congreso, se ha hecho mención de la admirable legislación colombiana. En el Congreso la erudición, la ilustración ya no digamos, tiene, "aunque usted no lo crea", sus amigos. Mencionemos a los dos Volios que han cursado teología, a don Carlos María Jiménez que cultiva las letras, a don Luis Demetrio Tinoco Castro que ama los libros, a don Julio Padilla ejemplar autodidacta. Estos seis varones son levadura bastante, quisiéramos creer, para esponjar la harina, no muy blanca que digamos, de nuestra legislatura actual. Ellos habrán sabido contestar, a los diputados alarmados por la ley de Olaya Herrera, que no se trata en Colombia de nada novedoso sino de la aplicación de doctrinas tan viejas como el Código de Hammurabi, y que cuentan con excelsos precedentes en la legislación de los griegos, de los hebreos y de los romanos antiguos. Hasta en Santo Tomás tienen autoridad esas doctrinas.

Cuenta Plutarco que en época de Solón crecieron las sediciones sobre la forma de gobierno, "dividida el Atica en

tantas partes cuantas eran las diferencias de territorio: Porque la gente pastora o de las montañas era inclinada a la democracia; la de la campiña propendía más a la oligarquía; y los litorales, que formaban una tercera división, estando por un gobierno mixto y medio entre ambos, eran estorbo para que venciesen los unos a los otros"; situación cuya analogía con la que reina actualmente en la mayoría de los países, no necesitamos particularizar. "Entonces fué también," añade Plutarco, "cuando la disensión entre los pobres y los ricos llegó a lo sumo, poniendo a la ciudad en situación sumamente delicada; tanto que parecía que sólo podía volver de la turbación a la tranquilidad y al sosiego por medio de la dominación de un solo: Porque el pueblo todo era deudor esclavizado a los ricos; pues, o cultivaban para éstos, pagándoles el sexto, por lo que les llamaban *partisextos* o jornaleros" (i.e., que ceden el producto total de un día de trabajo por semana), "o, tomando prestado sobre las personas, quedaban sujetos a los logreros, unos sirviéndoles, y otros siendo vendidos como de condición forastera. Muchos había que se veían precisados a vender sus hijos, pues no había ley que lo prohibiera, o a abandonar la patria por la dureza de los acreedores. La mayor parte y los más robustos se sublevaban y se exhortaban unos a otros a no mirar con indiferencia semejantes vejaciones, sino más bien elegir caudillo de su confianza, sacar de angustia a los que estaban ya citados por sus deudas, obligar a que se hiciera nuevo repartimiento de tierras, y mandar enteramente el gobierno".

Solón, único que estaba fuera de aquellos extremos, pues ni tenía parte en los atropellos de los ricos ni estaba sujeto a las angustias de los pobres, fué rogado por los más prudentes atenienses que se pusiera al frente de los negocios públicos y calmase aquellos disturbios. Escritores y oradores despreciables se ocu-

(1) La señorita Méilda Luz Palacios, distinguida amiga de *Repertorio Americano*, nos informa que con anterioridad a Colombia, su país, El Salvador, había tomado idénticas medidas que han dado resultados excelentes. Aplaudimos.

paron de calumniarlo; serviles querían que se convirtiese en déspota. A unos y a otros desoyó Solón. Lejos de conmover en todas sus partes la república, hizo todo lo que pudo lisonjearse de obtener empleando a un tiempo—como él decía—“la coacción y la justicia”. Usó de maña: con bellos nombres encubrió medidas medicinales por su efecto y por su sabor: Llamó “alivio de carga” la extinción de los créditos; “porque fué este su primer acto de gobierno, disponiendo que los créditos existentes se anulaban”.

Con todo,—sigue relatando Plutarco,—“algunos, y entre ellos Androción, han escrito que no fué la extinción de los créditos el alivio con que se recrearon los pobres, sino sólo la moderación de las usuras y que a este acto de humanidad se le dio aquel nombre de seisacteia o alivio de carga; pero los más afirman que la seisacteia fué abolición de todos los créditos”.

Los autores antiguos atribuyen los frecuentes tumultos y sediciones en Roma, durante los dos primeros siglos de la República, a los abusos de las leyes sobre las deudas, más a menudo que a cualquiera otra causa social o política. No les era posible a los plebeyos dejar de enjarranarse con obligaciones: Para no perecer tenían que cultivar sus pequeñas parcelas, y cada operación de ese cultivo tenía que hacerse a su debido tiempo del año. Pero las exigencias del servicio militar repetidamente obligaban a estos ciudadanos agricultores a estar ausentes durante las estaciones de siembra, de limpia o de cosecha, quedando improductivas sus tierras y en aprietos penosos sus familias para poder subsistir; de manera que se hizo común tomar prestado sobre la propiedad raíz y, más frecuentemente, sobre la persona misma del deudor. Curioso es observar que la maquinaria legal para el descargo de una deuda mediante la venta judicial de la propiedad no hipotecada del deudor, era insuficiente: La persona del deudor o la de un descendiente suyo era la que caía víctima de la venganza del acreedor. Y los abusos a que esto dio origen fueron grandes. Livio nos cuenta que, en el 326 antes de Nuestro Señor, cierto acreedor “usurero llamado L. Papirio retenía en su casa a C. Publilio que se había entregado para rescatar las deudas de su padre. La edad y belleza del joven, que debían excitar la compasión del acreedor, sólo sirvieron para inflamar su inclinación al vicio y al libertinaje más odioso. Considerando aquella flor de juventud como aumento de su crédito, trató primeramente de seducirlo con obscenas palabras; y después, como Publilio, despreciándolo, no daba oídos a sus impúdicas instancias, trató de asustarlo con amenazas, poniéndole constantemente delante de los ojos su espantosa miseria: Al fin, viendo que el mancebo piensa más bien en su condición de hombre libre que en su situación presente, le hace desnudar y azotar con varas. Lacerado el joven por los golpes, consigue escapar por la

ciudad, que llena con sus quejas contra la infamia y crueldad del usurero; la multitud que se había engrosado, compadecida por su juventud, indignada por el ultraje, animada también por la consideración de lo que le aguarda, tanto a ella como a sus hijos, marcha al Foro y desde allí se dirige precipitadamente hacia la curia. Obligados los cónsules por aquel tumulto imprevisto habían convocado al Senado: A medida que los senadores entraban, el pueblo se arrojaba a sus pies mostrándoles el lacerado cuerpo del joven”. Y añade Tito Livio: “Por el atentado y violencia de un solo hombre, aquel día quedó roto uno de los lazos más fuertes de la fe pública. Los cónsules recibieron orden de proponer al pueblo que en adelante ningún ciudadano podría, sino por pena merecida y esperando el suplicio, quedar sujeto con cadenas o grillos: De la deuda debían responder los bienes y no el cuerpo del deudor. Por esta razón pusieron en libertad a todos los detenidos por deudas y se tomaron disposiciones para que en adelante ningún deudor pudiese ser reducido a prisión”.

Adelante discutiremos la opinión de Tito Livio. Señalemos aquí este punto importante: Ni nuestro historiador, ni Cicerón antes que él, ni Dionysos mencionan que se haya estipulado condición alguna para la liberación de los sujetos por deuda en esa interesante ocasión. Varrón, en cambio, sí nos da detalle que nos importa mucho, pues nos dice que no fueron puestos libres todas las víctimas de deudas sino sólo aquellos **qui bonam copiam jurarunt**, esto es, según parece, aquellos que pudieron jurar que habían hecho cuanto estuvo a su alcance y que no podían haber hecho ni hacer más para cancelar honorablemente sus obligaciones.

Pareciera que Livio condenase la **Lex Poetilia Papiria**, como se llamó ésa cuya historia tan novelescamente él nos relata. Pareciera que lamentase la rotura de “uno de los más fuertes lazos de la fe pública” atribuyéndola a exceso de emocionalismo popular. Pero él mismo nos ha expresado con la mayor claridad, me parece a mí, que en la consternación y excitación del pueblo obrara poderosamente cierto justo egoísmo, cierto bien fundado temor de caer ellos—deudores en su mayoría, como hemos visto—o sus hijos, víctimas de la rapacidad vengativa de los usureros. ¿Quién ignora que en los tiempos modernos los apremios por causa de deudas han llevado más vírgenes a brazos lúbricos y más esposas al adulterio que jamás las mentirillas de Eros?

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén
Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338

Se rechazará, por sentimental, esa razón. Sentimental es, pero no sentimentalista. Y el sentimiento en que se funda tiene a su vez legítima base en la moral católica. Terrible catálogo de actos, que horrorizarían hasta a quienes creyéndose no católicos y aun anti-católicos—como, digamos, nuestros comunistas criollos—obran y juzgan, ello no obstante, conforme a la moral que la Iglesia Católica Romana ha fijado; terrible catálogo de actos podría compilarse, todos destructores de la moral, concebidos en la angustia de deber y no poder pagar, de deber habiéndose obligado honradamente, y no poder, por más esfuerzos honestos que se hagan, pagar lo debido. Y cuando una situación así aflige, como en la actualidad, al común de las gentes, pensar en ello nos es obligación. Ahora bien, en cuanto a las leyes que regular las deudas, debe recordarse la enseñanza de Santo Tomás: Primero, que **toda ley humana debe referirse al bien común**, afectando a la generalidad de las personas, asuntos y tiempos (**Prima Secundae**, Quaest. XCVI, art. I); Segundo, que por parte de los hombres, cuyos actos son regulados por la ley, ésta puede mudarse rectamente por causa de la mudanza de la condición de los hombres, a quienes convienen diversas leyes según sus diversas condiciones (*Ibid*, Q. XCVII, art. I); y Tercero, que **la rectitud de la ley se dice en orden a la utilidad común**, a la que no siempre es proporcionada una sola y misma cosa; y por eso esa rectitud se varía (*Ibid*).

Entre los antiguos judíos, Moisés había ordenado que, entrados los israelitas a la Tierra de Promisión, dejarían descansar los campos un año de siete en siete, a honra del Señor. “Seis años”, dice la ley (*Levítico*, XXV, 2 et seqq.) “sembrarás tu campo y seis años podarás tu viña y cogerás sus frutos. Pero el séptimo año será, para la tierra, sábado, en honor del descanso del Señor: Ni sembrarás el campo ni podarás la viña”. Es preciosa esa legislación. “En el año sabático no recogerás ni aun aquello que de suyo produjese la tierra, como solías hacer otros años por medio de tus segadores y vendimiadores; ni a título de dueño de aquella posesión te entrarás en ella a coger los primeros frutos, como que te son debidos de derecho; sino que **dejarás todo a beneficio del público**, para que los tuyos y los extraños socorran con ello sus necesidades”.

¿Habría observado Moisés que la tierra se cansa, como se dice, y que conviene dejar los campos descansar de tiempo en tiempo? ¿Habría observado también cómo, periódicamente, hay exceso de producción y conviene abolir el tuyo y el mío respecto de lo producido y liquidar, como dicen los economistas, esa **overproduction** mediante un paro general de un año? La imaginación puede recrearse en la contemplación mental de un comunismo sabático. ¿Quién sabe si esa no fuera medicina eficaz para los desórdenes del capitalismo!

La ley no paraba ahí. Moisés podía

darles lección y media a muchos economistas modernos. Estableció (*Ibid*, 13-17) que el valor de la propiedad sembrantía se computase, no arbitrariamente según las circunstancias del momento o apremiando al prójimo valiéndose de sus necesidades, sino mediante regla fija, por las cosechas de su rendimiento, según los años que faltaran para el del jubileo. Este jubileo se celebraba cada medio siglo. Se dejaba pasar siete veces siete años y el quincuagésimo era de remisión, y en este año toda propiedad en cualquiera forma enajenada volvía al patrimonio original, al padre que lo hubiere enajenado o a sus descendientes. "De aquí resultaba", dice el Ilustrísimo P. Scio de San Miguel, "que, aunque el vendedor trasladaba el dominio al comprador, esta venta bien se podía mirar como arriendo o enfiteusis". Y explicando las causas que motivaron esa legislación, nos dice tan eminente autoridad que así "los ricos no podían, comprándolo todo, hacerlo un cuerpo con los bienes de sus familias. El pobre que se veía obligado a vender sus bienes, tomaba aliento con la esperanza de volver a recobrarlos sin que le costase nada. De este modo se conservaba entre los judíos cierto equilibrio".

Parece que fué siempre poderosa la tendencia de ponerle restricciones en Israel a la enajenación de la propiedad raíz. El principio fundamental que movía esa tendencia era la convicción de que la tierra es posesión sagrada de Jehová; por consiguiente no debía permitirse que pasara de manos de Su pueblo escogido como podía ocurrir si se toleraba la alienabilidad perpetua. En Ezequiel (XLVI, 16-18) se nos dice que las tierras dadas por el rey a sus funcionarios, revierten a la corona el "año de libertad", que no es sino otro nombre dado al del jubileo. Sólo a sus hijos podía el rey traspasar tierras a perpetuidad. Y es dicha hallar disposición del mismo género en la sección 38 del Código de Hammurabi. Nada moderna es la doc-

BARRANQUILLA, COLOMBIA HOTEL NIZA

Calle San Blas - Frente a "La Tropical"

Centro y cómodo Hotel, cuyo lema es: HIGIENE y MORALIDAD. Magníficos departamentos: bien ventilados. EXCELENTE ALIMENTACION, VARIADA DIARIAMENTE

PRECIOS MODICOS

trina de la inalienable propiedad del suelo y del subsuelo por el Estado.

En el Deuteronomio (XV, 1-2) se establece que en el año sabático se perdonarán las deudas, "el cual perdón se hará de esta manera: Aquel a quien su amigo o prójimo o hermano suyo debe algo, no podrá demandárselo, porque es este el año de la remisión del Señor". Y dice el autorizado exégeta a quien ya hemos citado: "No era lícito durante el año sabático exigir las deudas; y si el deudor no se hallaba con facultades para poderlas pagar, quedaban remitidas y extinguidas aquel año enteramente, y algunos son de sentir que para siempre; y esto parece más probable, porque lo contrario sólo sería suspender por un año la exacción de la deuda". Mientras que nosotros, nacidos en época capitalista, tenemos año sabático al revés,—años periódicos de pánicos, crisis, miseria, esclavitud,—Dios, por boca de Moisés, ordenaba que en Su año de remisión, en Su año de libertad, no debía haber entre sus hijos "ningún menesteroso ni mendigo, para que el Señor Dios te bendiga en la tierra cuya posesión te ha de dar".

No pongamos punto final a esta inmersión en cosas viejas que son eternas sin recordar que, conforme con el Có-

digo de Hammurabi, las deudas podían asegurarse por propiedad raíz. Sin embargo, en caso de tierra sembrantía, el dueño tenía facultad de levantar él mismo sus cosechas, y del producto de éstas pagar a su acreedor. Si la cosecha era escasa, o mala, en cualquier año, el pago de la deuda se dejaba para el año siguiente sin que hubiese cobro de intereses. Nada hay tan lógico en decurso de justicia que la moratoria en tales casos. Aquí obra el concepto hebreo de *Sæka* o *Eschdékah*, vocablo que a la vez significa justicia y amor al prójimo.

Contra la legislación colombiana que motiva estas anotaciones podrán esgrimirse, sin duda, muchas armas, las del egoísmo, por ejemplo; pero no será lícito que se la tache de novelera. Al contrario, tiene antigüedad respetabilísima. Respira saludable aire de civilización mediterránea (1) y así como le hará bien a los colombianos, así merece que se la celebre y que se la imite, que se la estudie y se la comente, que se la conozca y se la defienda.

Persiles

San José de C. R., diciembre del 1932.

(1) En el antiguo derecho de la India se obraba a base de principios bien diversos. La mediterraneidad de la cancelación periódica de las deudas y de la humanización de las hipotecas es característica de civilización —de la civilización que debe ser nuestra.

Imprecación al padre...

(Viene de la página 360)

te. ¿Acaso aquí en el fondo de nuestro viejo solar nativo no hemos visto a nuestra gente realizando el prodigio, en un término de medio siglo, de transformar las selvas primitivas en ciudades crepitantes, elíseos campos y solares recientes donde esplende la raza en sus máximos atributos de belleza, de entendimiento y de coraje? Sobre las ríspidas cumbres paramunas rutilan hoy las albas agujas de los templos cristianos; esmaltan las dehesas incontables ganados que desterraron para siempre al rastrero habitador de la maleza, y hacia las cuencas amazónicas continúan nuestras caravanas la vieja inmigra-

ción de los evangelistas primitivos, de los hermanos Reyes, de los asendereados conquistadores de la fosca, de mil héroes sin nombre cuyo martirio silencioso está goteando sangre en la febril epopeya de Rivera.

Por eso en estas horas, ante el aleve agravio inulto que está atentando a tu gloria, que empañá nuestro deber y es-

torba la misión que nos conferiste, me llevo a este recinto a captar en su ambiente las radiaciones de tu genio.

Confórtanos, oh Padre! para la lucha indeclinable; aviva con tu soplo, desde el dosel que te sombrea, a esta nación que está ardiendo como una antorcha; acompaña a través del éter las águilas de acero, portadoras sobre sus pujantes alas de la Justicia que nubla el entrecejo; conduce sobre las aguas a los serenos

descendientes de tus antiguos legionarios; comunica a nuestros músculos aquella fiera tensión incontrastable de tu brazo, oh nuevo Hércules! Atanos reciamente al mástil de la nave por que podamos esquivar el peligro cautivador de las sirenas, oh redivivo Ulises! Engrandece nuestro pensar; ennoblece nuestras acciones; sublima nuestro anhelo; doctrínanos, oh conductor, en la abnegación, la perseverancia y el denuedo, y si nos hagas dignos de interpretar tus sueños y continuar tu obra, arma la diestra de tu hija—en sus arreos de Palas atenea—con el rayo invencible de tu cólera, oh vidente, oh Padre nuestro, magnífico y terrible!

Errata

Y le ruego hacer la rectificación al poemita-elegía de Omar Dengo. Pienso que podría reproducirse la primera estrofa, pues los dos errores son de allí. Debe leerse la primera estrofa de esa Elegía así:

Rompan las plañideras las cántaras del llanto;
den todas las campanas su más profunda voz...
La noche ponga el gajo sombrío de su manto
y todo esté en silencio porque hoy ha muerto un dios!

Rogelio Sotela

(Fragmento de carta al editor de *Rev. Am.*)

Guillermo Valencia

Noticia de libros *Moral*

= Tomado de *El Sol*, Madrid =

PASCAL: "Trois discours sur la condition des grands". Préface et glose de Leon Brunswicg, de l'Institut. Ornementación de Lebreton. Tres retratos (Pascal, Nicole, el duque de Chevreuse), grabados en cobre por Gorvel, in 16. Tirada de 1.650 ejemplares por la Imprenta Nacional. Ediciones de arte de Eduardo Pelletan, R. Hellen, librero-editor. París, 1932. Precio en papel de Navarra, 30 francos.

Pascal enfermo, tres años antes de morir y en el 36 de su edad, hizo al joven duque de Chevreuse, que, según Saint-Simon, era de mente despejada, estos tres discursos sobre la condición de los grandes. O no fueron escritos o el original se perdió. Messieurs de Port-Royal los recogieron, según el fiel relato de Nicole, que es el que ha llegado a nuestros días. Pascal enfermo no había perdido aquella ironía edificante de las "Cartas provinciales", que llega hasta los "Pensamientos" escritos en el lecho de muerte. A través de la relación de Nicole, todavía podemos percibir las señales de su estilo liberado y profundo y la íntegra humanidad de su estoicismo sin toga solemne, levemente tocado de aquel pirronismo señero que le viene de Miguel de Montaigne. Una vez más, releer a Pascal es reencontrar la lengua francesa en el apogeo de su fresca naturalidad y de su exactitud sin tacha. Es reencontrar la inteligencia francesa en sus horizontes. Es reencontrar la inteligencia francesa en sus horizontes más vastos, en la superación de sus límites mismos de tiempo y de lugar, emancipada de las modas cortesanas de Versalles como de cualquier tradición local o de raza. Por eso Pascal es algo más que "bien français" y lo es a toda hora. En él se reconstruye la mejor estirpe estoica y heroica del genio latino con todo su combate apasionado e impasible, espontáneo y lógico por el primado de lo espiritual. Por esta amplitud clásica e incesantemente actual y viva de su pensamiento, Blas Pascal está cerca, más que otros franceses, de los mejores combates del alma española, porque él se sitúa en el centro de la gran polémica moral, donde desde la antigüedad se han fraguado la continuidad y la renovación del alma europea. En cualquier



Blas Pascal

aspecto parcial de su manera de pensar y de sentir esta totalidad pascaliana, este Pascal, "hombre de una pieza", se revela: lo mismo en las "Cartas provinciales" que en estos tres discursos sobre la condición de los grandes. Más que la "ruina inacabada", él es la "ruina entera e indestructible". Lo fragmentario en Pascal habla siempre de lo completo, la parte del todo. Todo él es energía y armonía este Pascal enfermo. Pedimos perdón al lector por esta introducción, que no quiere ser sino devoto reconocimiento, mientras nos disponemos a copiar algunos avisos de estos discursos, prologados y glosados con inteligente y erudita medida por Mr. Leon Brunswicg, ya bien conocido y celebrado por anteriores ediciones pascalianas. La edición es límpida y sobria, verdadero modelo de precisión y gusto tipográficos, como al texto cumplía.

"Decís tener vuestras riquezas — advierte Pascal a los

grandes—de vuestros antepasados; pero ¿no es a través de mil azares como vuestros antepasados las han adquirido y las han conservado? ¿Os imagináis asimismo que por alguna ley natural estos bienes hayan pasado de vuestros antepasados a vosotros? Esto no es verdad. Este orden no está fundado sino en la mera voluntad de los legisladores, que han podido tener para ello buenas razones, aunque ninguna de ellas ha sido tomada de derecho natural que tengáis sobre esas cosas. Si se les hubiera antojado ordenar que esos bienes, luego de haber sido poseídos por vuestros padres durante su vida, retornasen a la república después de su muerte, no tendríais el menor motivo para quejaros. Todo el título por el cual poseéis vuestros bienes no es un título de naturaleza, sino un establecimiento humano".

"Una vuelta de imaginación de los que hacen las leyes os volvería pobres, y no es sino una coyuntura del azar la que

os hizo nacer bajo la fantasía de unas leyes favorables a vuestro respecto y que os colocan en posesión de todos esos bienes".

"Vuestra alma y vuestro cuerpo son indiferentes a la condición de barquero o a la de duque, y no existe lazo natural ninguno que os sujete a una condición más bien que a otra".

"¡Cuán importante es este aviso! Porque todo ese dejarse llevar de las pasiones, toda la violencia y toda la vanidad de los grandes viene de que ellos no conocen lo que son, siendo difícil que quienes se miraran interiormente como iguales a los demás hombres, y quienes estuvieran además bien persuadidos de que no hay nada en sus personas que merezca esas pequeñas ventajas que Dios les ha dado, tratasen a los demás con insolencia".

"Hay en el mundo dos suertes de grandezas, porque hay grandezas de establecimiento y grandezas naturales. Las grandezas de establecimiento dependen de la voluntad de los hombres, que han creído tener razones para honrar ciertos estados y vincular en ellos ciertos respetos. Las dignidades y noblezas son de este género. En un país se honra a los nobles, y en otro, a los cavadores..."

"Las grandezas naturales son las que son independientes de la fantasía de los hombres, porque consisten en las cualidades grandes y efectivas del alma o del cuerpo, que hacen el uno o la otra más estimables, como las ciencias, la luz del espíritu, la virtud, la salud, la fuerza".

"La Geometría es una grandeza natural y demanda una preferencia de estimación; pero los hombres no han asignado a la Geometría ninguna preferencia exterior".

"Pero los respetos naturales que consisten en la estimación no los debemos sino a las grandezas naturales, y debemos, por el contrario, menosprecio y aversión a las cualidades contrarias de estas grandezas naturales".

De este modo iba diciendo Blas Pascal al joven duque de Chevreuse, que, según Saint-Simon, tenía una cabeza despejada, capaz de comprenderlo todo.